
ESTADO ACTUAL DEL SOCIALISMO.

I.

Defensores y detractores de la conquista de América por los españoles, se sumergen en largas disputas bizantinas aduciendo todos los falsos argumentos, que su ingenio les sugiere para probar las dificultades que ellos mismos se crean.

Intentan los unos demostrar que los vinientes á lo desconocido y en condiciones singularísimas y extrañas, fueron infelices soldados y dignos colonos que les acompañase sólo la exaltacion religiosa, el más alto sentimiento de la pátria y una pulcra conciencia moral; demandan los otros conducta recta, procedimientos suaves y escrúpulos de monja á los conquistadores: como si aquellos corazones de acero templados en luchas prolongadas, en asaltos continuos, en privaciones; viviendo en campamentos que ya la herencia los habia hecho permanentes, debieran ajustar sus actos, á los más altos principios del derecho de gentes sancionados y cumplidos en la época actual.

Mision providencial se atribuye por la historia al pueblo romano y ha sido el más criminal y rapaz de la tierra; mision providencial se atribuian los cartagineses y *entraban vendiendo para salir mandando*; mision providencial se atribuian los mulsumanes en la conquista de España y arrasaron con todo lo existente.

Establecimiento más pacífico que el de los Puritanos en la América del Norte no registra la historia, y sus descendientes legítimos han concluido con razas dueñas del territorio que tenían tanto derecho á la existencia como los conquistadores.

Mision providencial se atribuyen rusos é ingleses en Asia; ingleses, portugueses, alemanes, españoles, belgas, italianos y turcos en el centro de Africa con sus misioneros católicos, protestantes y mulsumanes; y eliminando todos los pretestos, neutralizando todos los idealismos, sólo resulta el esqueleto de la ambicion por el dominio, la explotacion del suelo, la colocacion de géneros averiados y sobrantes, la introduccion de armas viejas, aguardientes y la permanencia de la esclavitud más ó ménos ilustrada.

Un periódico de bastante circulacion en esta Capital, aducia en tono jocoso, argumentos para probar la conveniencia del baile de la *vieja* y del *figurin*; se citaban los intereses del comercio, de la industria, de la música y hasta el placer de las bellas: lo único que permanecería en silencio era el interés más atendible, que gobierno y publicistas echan en olvido con demasiada frecuencia; el interés más legítimo de los *paganos*.

No hace muchos meses, un corresponsal de un periódico importante de la Habana exponia los motivos que la habian conducido á cambiar de partido político.

En resumidas cuentas el fundamento de la evolucion era el siguiente: «yo creo que las soluciones políticas de la nacion española deben inclinarse á las ideas que expone el señor Pí y Margall; es así que el partido autonomista de Cuba es impotente para alcanzar este ideal; luego dentro del partido conservador se pueden encontrar soluciones que nos conduzcan al fin deseado.»

Que la manifestacion sincera, aunque no existieran otras pruebas, bastaba sólo con su enunciaciön puesto que no habia necesidad de aducirla para el objeto propuesto; que lo encontraban dentro de la posibilidad en primer término la direccion del periódico, y en segundo la mayoría de los lectores; se muestra por el hecho de no haber habido protesta alguna por parte de sus correligionarios, y que sus adversarios consideran la solucion dentro de lo probable, se demues-

tra (á lo ménos negativamente) por el hecho de haber dejado pasar sin correccion enunciado semejante.

Ahora bien, el argumento no puede resistir la más leve alegacion lógica porque existe una exclusion absoluta y completa entre los principios, medios y fines del partido federal metropolitano y los del conservador de Cuba.

Hará algunas semanas, que un ilustrado escritor y distinguido abogado, combatiendo lo poco verdadero y bueno que ha dicho y hecho Eusebio Blasco en su vida, esto es; demostrar que el estudio del latin en la segunda enseñanza es completamente inútil y perjudicialísimo para las jóvenes inteligencias, devolvió los argumentos (sin duda alguna en vía de represalias) afirmando que el conocimiento de las matemáticas no es necesario para el ejercicio de multitud de profesiones entre las que, si nos es infiel la memoria, citaba la abogacía y la de letras.

Así es que por medio de expresiones verbales construidas correcta y gramaticalmente, comparaba lo que es universal para el conocimiento como es la ciencia de la cantidad, con lo que es particularísimo; como es lo que pudiéramos llamar «una parte de la numismática del idioma español».

II.

Aducimos estos ejemplos para probar que atildados literatos ocupan su tiempo en desenterrar los hechos pasados que colocan fuera de la realidad, y en tender un velo sobre la conducta presente para no dejar distinguir los verdaderos móviles; para demostrar que hasta en los escritos á vuela pluma se pasan en silencio datos que son necesarios para juzgar las determinaciones humanas; se citan con objeto de hacer patente que en las opiniones políticas se profesan comunmente expresiones verbales en vez de conceptos bien definidos, y por último para probar que aún en las discusiones reposadas por medio de la prensa, se olvidan casi siempre las reglas de la lógica.

Ahora bien; vicio ó virtud de la época actual, el *desideratum* de los gobiernos de las naciones civilizadas, en materia de instruccion y

educacion de los pueblos le fundan en la enseñanza de la lectura y escritura, haciendo depender el conocimiento de las cosas, de lo que dicen los libros y las publicaciones periódicas, dejando muy poco espacio y tiempo al común de las gentes para estudiar en el gran libro de la naturaleza, y en el medio social en que viven, los fenómenos que las pueden guiar en la dirección de la conducta. Esta impremeditada práctica de los gobiernos, legítima mientras se limita á garantizar la iniciativa y libertad individual de los maestros y de los que desean aprender, produce reprobables efectos cuando la nave del Estado lleva el timon de la enseñanza. Con un igualitarismo exagerado miden por un mismo rasero el nivel de las inteligencias de un pueblo; los libros y periódicos elaboran un pan difícil de digerir por espíritus que segregan poco jugo intelectual; la aristocracia de los títulos académicos, creada como consecuencia forzosa de la organizacion de la enseñanza, aumenta considerablemente los privilegios profesionales, y como corolario, la progresion de funcionarios inútiles pagados por el Estado, la adquisicion natural de los conocimientos, y el esfuerzo individual en la lucha por la existencia, se trueca por una erudicion ficticia, por una vana pedantería, y por una confusion de ideas prendidas con alfileres que se bambolean á impulso del viento de la moda dominante.

Aunque no lo dijéramos nosotros ya lo dice Herbert Spencer:

«Las conversaciones de sobre mesa prueban que las nueve décimas partes de los hombres leen lo que les divierte ó lo que les interesa mejor que lo que les instruye, pasando por alto las páginas donde se dicen verdades amargas ó donde se destruyen esperanzas infundadas». «Esta educacion popular resulta del aumento de publicaciones que tienden más á propalar ilusiones placenteras que no á demostrar tristes realidades». «Un mecánico» escribe en *The Pall Mall Gazette*: la mejor de la educacion inculca el deseo de la cultura, la cultura excita el deseo de muchas cosas que no están al alcance de las clases trabajadoras.... en la terrible competencia de la época actual es poco menos que imposible el triunfo de las clases pobres; y de aquí resulta el descontento por las cosas tales como son, y cuanto mayor educacion más descontento reina». *The Man versus The State*, página 31.

A estas causas se auna el desnivel intelectual que existe entre los Apóstoles de las ideas y los prosélitos que conquistan, el dominio de los bajos caracteres sobre los de sano conducta, el dominio de la apostasía sobre la conciencia recta. Hoy empieza á sobresalir como en los tiempos del escolasticismo el retruécano retórico y los recursos oratorios por encima de los conocimientos sólidos y macizos que diría Menendez Pelayo. Se escucha con más gusto en el parlamento á un empresario Ducazcal que á un filósofo Salmeron, se protegen más los libros de Carlos Marx que los de Meliton Martin.

Una educacion social del género que examinamos, no puede dar más de sí que los resultados deplorables que presenciamos en todas las naciones, en todas las clases y en todos los partidos políticos. Desde el momento que la prensa ha venido á ser un organismo importante de la sociedad moderna, si ha destruido males sin cuento, evitado crímenes de Estado, sacado á luz vicios sociales que hipócritamente quedaban ocultos á la mayoría de los vivientes para dejar á la historia el cuidado de denunciarlos, si ha puesto en tela de juicio instituciones, doctrinas y procedimientos que parecían indestructibles, si ha difundido el conocimiento y la ilustracion por doquier, revelando verdades científicas, dando desahogo al espíritu, lazos de union á los que comulgan en las mismas ideas, recursos á los individuos y los pueblos que buscan su bienestar; si procurando conservar las fronteras de raza, de nacion, de region, ha abierto las de la humanidad enseñando á los hombres la solidaridad que deben mantener para obtener la mayor suma de bien con el menor esfuerzo posible, si ha conseguido todo esto, contribuye por otro lado á perpetuar el engaño, el fraude, la ignorancia vestida con su ropaje retórico.

El periodismo político se ha convertido de partidario en espíritu de empresa; de enseñanza de doctrina, en un noticiero impenitente. Antes había periódicos militares, republicanos, progresistas conservadores, legitimistas y socialistas.

Hoy son Casolistas, Zorrillistas, Gamacistas, Necedalistas, y otros tantos *istas* dedicados á defender los *sacratísimos* derechos de un empleado de hacienda.

Y las consecuencias no pueden ser más perniciosas. Se pierden

los ideales, se prostituyen los partidos, se desacreditan los principios, y el buen sentido se descorazona sumiéndose en un excepticismo que conduce á la ruina social.

Las sombras que se ciernen en el horizonte del porvenir son nubes pletóricas de fórmulas echadas al viento de la publicidad sin base real alguna, pero que han de descargar sobre nuestras cabezas, no segun nos lo figuramos, sino en conformidad con las causas que las han dado origen. Y en esta obra se puede decir lo que el predicador del cuento: ¡Todos en El pusísteis vuestras manos!

III

A el malestar y desequilibrio general que hoy sienten los pueblos civilizados y que han dado lugar á la organizacion del socialismo, concurren causas complejas difíciles de determinar, pero entre ellas sobresalen: en primer término y principalmente, la conducta de las clases conservadoras; en segundo la ignorancia real ó fingida de los gobernantes acerca de las leyes económicas que regulan la produccion y el consumo; luego la impremeditacion del poder legislativo: además, la nueva forma del industrialismo, como consecuencia de las máquinas de vapor y la electricidad, el sufragio universal; y por último las mismas clases trabajadoras que participan de los mismos vicios de las clases á quienes acusan como explotadoras.

Y no citamos á los capitalistas, por más que parezca una abominacion á los socialistas, porque no solo han tomado poca parte en los desaciertos de la época actual, sino porque aun cuando no quieran, los intereses de los capitalistas y obreros se hallan tan esencialmente unidos, que cualquiera perturbacion del capital refluye necesariamente sobre el obrero y viceversa.

Son dos hermanos que riñen mientras no viene un extraño á tomar parte en la contienda.

Para fijar bien las ideas es conveniente acostumbrarnos á comparar las clases que aspiran á gobernar en el futuro con las que aspiran en una época y despues han dirigido ó dirigen los negocios públicos.

De este modo el socialismo no nos ha de asustar tanto y hasta tal vez encontremos su fundamento lógico.

Cualquiera sea el papel que esté llamado á desempeñar en el porvenir el nihilismo ruso, todas las señales indican que ni con mucho ha de llegar á producir las hecatombes de la revolucion francesa.

Cualquiera sea la inversion del órden, las ideas socialistas no han de perturbar los espíritus como las guerras religiosas.

Pero hay otro medio de comparacion, y consiste en observar cómo las fórmulas político-económicas nuevas se escuchan con horror cuando se encuentran en estado de gestacion y se admiten con satisfaccion una vez planteadas.

Sin meternos ahora á discutir los derechos del Estado para declararse supremo propietario de la tierra nacional, la venta de los bienes de la iglesia fué un despojo inaudito, porque desposeyó á unos ciudadanos de lo que habían adquirido en conformidad con las leyes para repartirlo á otros y no en forma muy equitativa. De un modo ú otro, los hijos de los excomulgados que adquirieron los bienes nacionales constituyen en la actualidad el nervio de las clases conservadoras en España, y es muy dudoso que éstas se aviniesen á volver al estado que se encontraban sus abuelos antes del reparto. Y si los padres de esas clases consideraron que antes del año 34 se hallaba la tierra en malas manos, ¿cómo se ha de negar hoy el derecho de los que no poseen tierras, á pensar y hasta proponer en nuevo reparto considerando que no está la tierra en manos muy buenas?

No hace 67 años que la acusacion más tremenda que podía recaer sobre un español era llamarle mason.

Ni los delitos de lesa majestad ni los de brigandaje daban nota más infamante.

Desde entonces han cambiado mucho los tiempos.

Los masones constituyeron la unidad italiana, gobiernan hoy la república francesa, dan un gran contingente al gobierno de la reina Victoria en Inglaterra, y por último los masones gobiernan hoy en España.

Que los «Venerables maestros» no han hecho buenos discípulos, que las «logias» no han sido buenas escuelas de moral pública, lo

prueba el que tal vez no haya habido época de nuestra historia moderna, donde la administracion pública haya sido más corrompida é inepta que en estos últimos quince años.

¿Y habían de tener más derecho á la existencia las ideas que se formulaban en la sombra que las que nacen á la luz del dia exponiéndose no solo á la crítica racional sino, lo que es peor, á la aplicacion del código penal?

A raíz de la guerra franco prusiana corría como válido el dicho del hoy príncipe Bismark, de la equivocacion sufrida respecto á la contribucion de guerra impuesta al pueblo francés, cuyo importe le pareció poco al Canciller cuando observó que el impuesto fué cubierto tres veces; pero cierta ó no la manifestacion, lo evidente es que la guerra económica declarada á la Francia despues de las victorias del año 70 fué un completo fracaso previsto por el buen sentido.

Cuando el *Brennus* germano, despues de tener al fiel de la balanza los mil millones de pesos en oro, todavía hizo pender de uno de los platillos la espada con el tahalí del tratado de Francfort ¿hubiera creído nunca que 18 años despues la nacion vencida tuviera más interés en la continuacion del tratado que la vencedora? ¿Hubiera creído nunca que aquellas cláusulas contenidas en el *¡ve victis!* de los aranceles, y aquellas monedas comboyadas en los carros de triunfo, habían de ser origen de la agitacion socialista que amenaza la tranquilidad del imperio aleman?

Los errores económicos, los artificios sociales, tienen el desenvolvimiento natural de las catástrofes.

Para destruir la industria azucarera francesa se concedian primas á los agricultores alemanes, se protegía sin prudencia la fabricacion y cultivo de los productos similares franceses, sin ver que al fin de cuenta la competencia es la palanca universal de la produccion, y que esta competencia en una nacion rica y laboriosa como Francia la había de conducir á redoblar los esfuerzos y aumentar su prosperidad.

Con el Zollverín aleman se crearon industrial artificiales; inusitado comercio se desplegó en ciudades como Hamburgo y Dresde; la agricultura se se separó de su curso natural dando exceso de productos que no había donde colocarlos; el sistema proteccionista hizo la

vida cara en el Imperio, las industrias favorecidas tomaron nuevo impulso por la aplicación de máquinas potentes, absorbiendo las industrias pequeñas; á la sed de ganancias del capital, siguió la sed de ganancias del obrero; á las ganancias las ambiciones, á las ambiciones la organización de los trabajadores, á la organización la potencia como fuerza social.

Para neutralizar ésta, unas veces se dá aliento al partido católico para despues promulgar las leyes de Mayo, que atan al clero de piés y manos, entregándole á merced del partido liberal nacional: otras veces temiendo el dominio sobre el imperio de las clases pensadoras y medias, se protege á los socialistas adquiriendo el Estado los ferrocarriles y estableciendo de un modo indirecto las tarifas de los jornales, matando así la iniciativa individual.

Protegido el socialismo de cátedra por medio de profesores asalariados; instituido en organismo del Estado por una centralización cada vez más potente, necesitando armar á casi todos los ciudadanos útiles del imperio para sostener el equilibrio de fuerzas interiores tan heterogéneas, y fuerzas exteriores tan potentes como las fronteras del Este y del Oeste, se impone como consecuencia necesaria el sufragio universal que es el derecho del ciudadano para intervenir en la vida nacional, así como es un deber pertenecer al ejército para sacrificarse por esa patria de la que se es parte integrante.

Pero las instituciones una vez creadas es menester tomarlas tales como son: las mistificaciones, las componendas solo sirven para perturbar el orden y exasperar los ánimos, produciendo siempre efectos contrarios á los que se intenta.

El destierro de los socialistas distinguidos no ha dado más resultados que impedir la propaganda en un lugar para extenderla en otro; la expulsión al extranjero ha traído como consecuencia establecer la solidaridad entre socialistas de distintos países; y el arreglo arbitrario de las circunscripciones electores ha hecho centuplicar los esfuerzos del partido, dándose una organización coherente que hoy es imposible destruir. ¡Y en la desesperación de la impotencia se quiere convocar un congreso para estudiar el mejoramiento de las clases obreras! El único medio infalible de conseguir semejante intento sería hacer ricos

á los pobres, cosa que ningun congreso del mundo podrá resolver sin hacer pobres á los ricos.

Y los yerros económicos se suceden en casi todas las naciones civilizadas de ambos continentes. A poco de los sucesos de Charle-roy en Bélgica, tuvimos ocasion de hablar con un maquinista de ferrocarril, que salió de su país por hallarse comprometido en aquellos tumultos, y nada mejor á nuestro propósito que resumir el producto de una amigable discusion que mantuvimos con él. «Si yo fuera burgués, nos decía, y tuviera una carrera pagada por el Estado como la de usted, hablaría del mismo modo, porque el individualismo que usted defiende se apoya en la más sana razon, pero las clases sociales obran á impulsos de su interés y en conformidad con el medio de lucha y egoismo de absorcion en que viven.»

«Cierto es que el gran principio económico de la libertad entre la oferta y la demanda, es el que debe regular las relaciones entre el capital y el trabajo; pero los capitalistas y los gobiernos le entienden en forma de embudo. Cuando me quedo sin trabajo no como; más cuando los negocios de la Compañía van mal el gobierno la perdona contribuciones, y no la exige el cumplimiento de los contratos; la ley de ferrocarriles la deja elevar las tarifas, disminuir los jornales y modificar la circulacion á su antojo.

«Mientras yo no tengo más apoyo que mi inteligencia y mi trabajo en la direccion de la máquina, la Compañía además de su capital dispone de la subvencion que le proporciona el gobierno; y aún existen compañías que todo su capital es el de la subvencion que ha sido concedida á cuatro caballeros particulares para construir la línea. Ese apoyo le pagamos todos los ciudadanos belgas: unos directamente en forma de contribucion, y otros indirectamente pagando más caros los artículos de consumo, porque para el mayor gasto del Estado se elevan los aranceles de Aduanas.»

«¿Y si el capital que es un elemento de produccion es insaciable para pedir al gobierno proteccion y subvenciones del presupuesto; si no cesa de exigir privilegios á las Cortes, y estas los conceden á manos llenas; por qué se le ha de negar el mismo procedimiento al otro elemento de produccion que es el trabajo?»

«Yo soy hombre económico y preveía que con mi conducta habría de pasar de obrero á modesto capitalista si el gobierno *burgués* observara el principio que usted invoca. Con mis ahorros y el carbon que las Compañías conceden al maquinista que sabe emplear bien el combustible, había reunido una partida regular, y pensaba venderla á un precio elevado porque las demandas eran crecientes», «cuando el poder legislativo determinó rebajar los aranceles, inundándose por consiguiente el mercado del carbon de New Castle.»

«A simple vista parecía una medida justa porque favorecía á los ferrocarriles; mas como los aranceles se habían confeccionado antes para proteger la produccion belga del carbon de piedra, se cometieron los siguientes errores económicos, que dieron lugar á grandes males por partida doble: de un lado hicieron tomar un auge extraordinario á las sociedades mineras en condiciones artificiales: de otro, como los ferrocarriles se perjudicaban, tenían que neutralizar el efecto á fuerza de subvenciones y privilegios; éstos contribuyeron á aumentar las líneas en construccion; las construcciones exageradas trageron en pos de sí competencias ruinosas; las competencias, nuevos privilegios; y como el tesoro público no es un manantial inagotable, tuvo el gobierno que acudir á la rebaja de los aranceles.»

«Con esta medida se resistieron grandemente los capitales de las minas, y como la sogá se rompe por lo más delgado, las sociedades determinaron rebajar los jornales; y como no rebajan al mismo tiempo los precios de los artículos de primera necesidad, nos amaneció el hambre, la supresion de trabajos, el desequilibrio de la produccion, las huelgas; y como consecuencia fuimos arrastrados á la hecatombe de Charle-roy. Desengáñese usted; en los parlamentos burgueses ellos se lo guisan y ellos se lo comen: no es extraño que nosotros, con el poder que nos dá el sufragio universal, procuremos llegar á la cocina para condimentar á nuestro gusto.»

IV.

Además del gobierno visible que dirige la nave del Estado, existen en las naciones muchos otros gobiernos invisibles que reglan la

conducta de los pueblos con tanta eficacia, que se puede afirmar sin temor de equivocarnos, que el gobierno nacional siempre ha sido y será el menos importante de todos los *gobiernos*.

A el autócrata de todas las Rusias jamás se le antojará recibir oficialmente de americana y sombrero hongo á ningun embajador; nadie creería al que afirmase haber visto al Obispo de París presenciando un baile en Maville; si el presidente de la Audiencia presidiera un tribunal en mangas de camisa el médico más ignorante le tomaría por loco.

Si á cualquiera de los defraudadores del Estado, tan abundantes por desgracia en Cuba, le hicieran la proposicion de sustraer fondos de la Casa de Borjes abusando de la confianza del cajero, rechazaría indignado proposicion tan deshonorosa.

Por nada del mundo el ministro Esquilache hubiera imaginado que andando los tiempos y sin bandos *de buen gobierno*, la gente brava de Madrid había de pasear las calles á las doce de la noche con capas que por misericordia de la moda torera á penas si les oculta la region glútea.

Si resucitara Licurgo y le invitaran á venir á la Habana, no le extrañaría tanto el vapor que le condujera como la conformidad de estos ciudadanos bodegueros admitiendo sin órden expresa de ningun legislador, no la moneda de plomo que él deseaba sustituir por la de oro y plata sino inmundos é ilegibles *papiros* que, segun dicen, representaban monedas de oro en otro tiempo.

Y para concluir con estos ejemplos, más le había de quitar las ganas de comer al señor Marqués de Pinar del Rio la acusacion de uno de sus obreros si le dijese que había faltado á su palabra, que la súplica hecha en el Senado para procesarle.

Cuando vemos que en la Bolsa los banqueros hacen negociaciones por valor de muchos miles de pesos sin más fórmula de contrato que la palabra, y sin más testigos que sus corredores; cuando vemos que la Universidad tiene una esfera de accion propia enseñando libremente, constituyendo tribunales independientes y confiriendo títulos que luego el Estado tiene obligacion de reconocer; cuando vemos que las sociedades industriales, los propietarios, los obreros, las profesiones liberales se conciertan, toman acuerdos y los cumplen religiosa ó casi

religiosamente, sin que el órden judicial ni gubernativo intervengan, y sin contriccion alguna obligatoria más que el interés mútuo que les une, cuando vemos que la Iglesia edicta, prescribe ritos, impone obligaciones y fija la conducta que deben seguir los fieles, bastando solo para su cumplimiento la comunión espiritual; cuando observamos cómo los partidos políticos constituyen su gobierno especial nombrando jefes, legislando su organización interna, estableciendo una disciplina rigurosa entre los adeptos, y cediendo cada individuo una gran parte de sus opiniones particulares en aras del interés general del partido á que se hallan afiliados; preciso es reconocer que las nueve décimas partes de la vida social obra y se desenvuelve á impulsos de la iniciativa y libertad individual sin que las leyes del Estado intervengan en la conducta.

En estas relaciones complejas de la vida nacional, no hay código alguno que imponga derechos ú obligaciones, y no existen más penas afectivas que las resultantes de la excomunión, condenando al que infringe los estatutos á no gozar de los bienes que produce la asociación en los diferentes fines de la vida social.

Y en estos gobiernos invisibles se funda el progreso de los pueblos. Estos gobiernos eliminan las malas células heredadas de nuestros remotos antepasados, definen el derecho, trasforman la propiedad, reducen cada vez más los gobiernos visibles á su esfera propia, depuran las costumbres, y establecen la solidaridad humana.

No necesitan de la forma monárquica ó republicana; el palacio de sus Córtes reside en la conveniencia, interés y opinión de los asociados, y su constitución escrita solo consta de una palabra: la voluntad.

La filosofía de estos gobiernos invisibles es puramente inductiva, su fundamento es el interés ó la idea, su medio de acción es la experiencia, y su vida, el éxito.

El decreto de disolución es el hecho bruto, y como son invisibles no necesitan para su custodia más fuerza armada que los resultados favorables.

Aunque quisiéramos escudriñar si las leyes promulgadas por los gobiernos visibles ó los que obligan, serían de tanta eficacia como

aquellas que depende su cumplimiento de la voluntad, dejaríamos nuestro intento solo con abrir un libro de Derecho.

Por casualidad viene á nuestras manos el Tratado de Derecho Civil Español de D. José Sanchez Molina y leemos en la introduccion (página 7). «Desde las Córtes de 1523 hasta las de 1812 se ha estado abogando por la formacion de un Código Civil y hasta ahora han sido infructuosos todos los esfuerzos». Véase á este propósito lo que se decía en una peticion al Rey Carlos I por las Cortes de 1523:

«Otro sí: de las pragmáticas que se han hecho en los tiempos pasados estaba fecha una copilacion, y unas se guardan y otras no se guardan, los Jueces hacen lo que quieren por las dichas pragmáticas, y esto es muy gran daño y se pervierte la justicia-»

A V. A. suplicamos mande disputar personas que vean las dichas pragmáticas, y de las que se usan y deban guardar, haga un ordenamiento de leyes breves para que aquellas se guarden y lo demás se anule y revoque.»

Y más adelante dice el Sr. Molina:

«Bien puede decirse, que nuestras leyes componen un ejército formidable por su número, si no por su bondad y eficacia.»

El Fuero Juzgo.

Leyes de Estilo.

Fuero real.

Código de las Partidas.

Ordenamiento de Alcalá.

Ordenanza de Montalvo.

Leyes de Toro.

Reales Cédulas.

Nueva Recopilacion.

Autos Acordados.

Pragmáticas y

Novísima Recopilacion.....

«No es posible la defensa segura de nuestro derecho, no es posible la pronta y recta administracion de justicia.»

Pudiera creerse que el importante trabajo de Alonso Martinez, promulgado por las actuales Córtes, llenara la necesidad tan sentida

por el Sr. Molina, mas aunque bastaba contestar que la misma creencia habría cuando se hizo ley la Novísima Recopilacion, mejor será acudir á otros paises donde tambien «se cuecen habas».

En una carta publicada en *The Times*, por Herbert Spencer, el 13 de Noviembre del año pasado, leemos: «De los 18,110 actos acordados desde el tiempo de Enrique III hasta fines de 1872, Mr. Janson, Vicepresidente de la Sociedad de Legislacion, estima que las cuatro quintas partes, han sido total ó parcialmente revocados, y que en los años 1870-72 se anularon 3.532, siendo de estos 2.759 revocados definitivamente. Además, examinando los libros de 1881-83, he visto que en estos años han sido anulados 650 decretos legislativos pertenecientes al reinado actual, sin contar otros muchos de los reinados precedentes.»

¿En qué consiste, que mientras las nueve décimas partes de nuestra vida social es dirigida por los gobiernos invisibles y solo una por el gobierno nacional, no nos demos cuenta de la influencia de aquellos y consideremos á éste, como el árbol que dá la fruta del bien y del mal?

Que las leyes del gobierno nacional no tienen mucha consistencia, ya lo dice en España el Sr. Molina. . . . no es posible la defensa segura de nuestro derecho: y en Inglaterra Mr. Janson. . . . las cuatro quintas partes de las leyes promulgadas desde en tiempo de Enrique III hasta 1872, han sido revocadas. Y si alguno duda de la eficacia legislativa de los gobiernos invisibles, no tiene más que fijarse en la protesta de los pueblos cuando se quiere introducir obligatoriamente alguna modificacion en sus costumbres, ó en la dolorosa experiencia que nuestro gobierno nacional ha sufrido, cada vez que se ha propuesto modificar los usos y costumbres de las provincias Vascongadas, ó en la forma que tuvo el pueblo español de enseñar los dientes cuando la cuestion de las Carolinas.

La respuesta á la pregunta parece ser la siguiente: en el desenvolvimiento de las relaciones entre los hombres cuando no afecta á la política, no existe principio alguno que no sea inmanente, las circunstancias, el medio ambiente, las necesidades de la vida ordinaria, las comunicaciones entre los pueblos á medida que es mayor el progreso

de las sociedades y los resultados de la lucha por la existencia, impulsan á la humanidad á obrar de un modo espontáneo y fatal. Pero en el desarrollo del organismo nacional, preside un ideal concebido en cada tiempo y cada lugar que se va elaborando por medio de abstracciones más ó menos legítimas. Ahora bien, los hombres de la época actual han visto que, las abstracciones de las matemáticas han conducido á la mecánica racional; las abstracciones de ésta, á la ley de la gravitación; las de esta ley, á las abstracciones de la física y de la astronomía. Aplicando estos principios, observaron deductivamente que los hechos corresponden á las ideas concebidas.

Y si por medio de abstracciones crecientes se hallan constituidas estas ciencias, ¿por qué no se ha construido así la ciencia social?

Es más; los hombres de hoy tienen resuelto con el cristianismo el ideal moral, ¿por qué no se ha de tratar de establecer el ideal político?

Pues por la sencilla razón de que los fenómenos sociales, se encuentran fotografiados en el espíritu del hombre al modo que los fenómenos astronómicos en tiempos de Ptolomeo, y como á medida que el ideal es más falso ó imperfecto, las deducciones falsas ó imperfectas se desarrollan en progresión geométrica; los resultados de su aplicación á la vida nacional, tienen que adolecer necesariamente de los mismos vicios que los principios que los informan.

Las sociedades se mueven deliberadamente á impulsos de un ideal, pero la mayor parte de sus males provienen de los falsos idealismos.

V.

Un amigo nuestro socialista, nos contaba que hácia el año 1855 (no nos acordamos bien si en Badalona ó en Igualada) organizaron los tejedores una de las primeras huelgas de que ha sido teatro España. Como Caja de resistencia los asociados pudieron reunir á duras penas, capital suficiente para adquirir pan durante tres días; mas el hombre propone y la policía gubernativa dispuso con muy poca prudencia.

El primer día se repartió religiosamente y sin novedad la ración equitativa, pero al siguiente se encontraron el comun de los huelguis-

tas con que la policía había decomisado el resto de la harina, y metido en la cárcel á los principales iniciadores de aquel fatal ensayo.

La consecuencia es lógica: cuatro dias de hambre, otros cuatro de tumultos y el noveno de incendio en algunas fábricas, siguiendo la máxima del evangelio; ojo por ojo y diente por diente.

En el año 1869 y en el Instituto de San Isidro de Madrid, se dieron unas conferencias socialistas, en las que podían tomar parte oradores de todas las opiniones. Despues de un discurso brillante del que entonces era honra de la Universidad Central, y hoy gloria del Parlamento Español D. Gumersindo Azcárate, correspondióle el turno á un obrero, que empezó por manifestar que no sabía leer ni escribir, ni le hacía falta; pero que había aprendido á ser ateo en los libros de la naturaleza.

Podíamos sacar partido de estos dos hechos, para ver cómo la barbaridad del obrero fué motivo de escándalo entre los *burgueses* de dentro y fuera del local, así como la barbaridad de la policía indignó á los tejedores de Badalona y sus contornos. Pero los elegimos para señalar las dos opuestas direcciones en que se ha desen vuelto el partido socialista, desde la mitad del siglo actual.

Mientras los poderes del Estado, con aplauso de las clases conservadoras, empleaban los procedimientos arbitrarios é injustos, el anarquismo era el ideal de los socialistas, la solidaridad mayor, y el acuerdo perfecto: no había más que destruir, y para conseguirlo, cualquier medio era bueno. Mas cuando el demonio de la discusion perturbaba las exaltadas cabezas, la division empezó á dejar sentir sus efectos, y como se admitía á libre plática la nueva idea dándola así derecho á la existencia legal, nacieron nuevas direcciones del pensamiento; ya no hablaba tanto el leuguaje de la pasion ni el del odio reconcentrado.

Las cosas buenas que hay en el fondo de las cosas malas, atrajeron nuevos prosélitos y éstos aportaron elementos de sensatez por un lado, y por otro, elementos ambiciosos.

El gobierno invisible de que hemos hecho mérito, promulgó la ley de arbitraje, y patronos y obreros dirimieron más de una vez sus contiendas en Inglaterra, cediendo por medio de la discusion mucha parte de sus intransigencias.

Pero en los fenómenos sociales no existe solo la ley de sucesion, coexisten las causas que producen el cambio de las ideas, son de índole compleja, y no se pueden estudiar hechos aislados sin que intervengan en más ó en menos otros factores.

Las creencias religiosas, el carácter de los pueblos, la educacion moral, la posicion geográfica, el modo como se han constituido las naciones, la produccion del suelo, y más que todo, la lucha por la existencia entre las clases de la sociedad que quieren sobreponerse unas á otras, imprimen una direccion á la génesis de las ideas, cuya resultante en cada época se manifiesta por un signo especial.

Al socialismo de hoy le ha precedido el comunismo de ayer, no siendo éste más que una extension del principio de igualdad proclamado por la revolucion francesa.

Entre los falsos ideales, el que más seduce á las clases desheredadas de fortuna é inteligencia, pero que han recibido la rudimentaria é imperfecta educacion de las escuelas de los países civilizados, es el comunismo, porque además de no oponerse á los más abstractos principios religiosos, supone la existencia del hombre en un medio paradisiáco antes que tuviese el estigma de ganarse el pan con el sudor de su frente, y de andar errante por toda la tierra en lucha con los demás séres de la Creacion.

Tiene el precedente de haberse practicado entre los pueblos griegos, de haber sido el medio de vida de los primeros cristianos, de ser el sistema de las comunidades religiosas, y de tener en su apoyo algunas tentativas en la época actual como la de Owen, en Escocia, si no nos es infiel la memoria.

Mas no hay como la historia para dar solucion á todos los gustos, porque es muy fácil callar los defectos y aducir las ventajas ó viceversa.

El comunismo no puede ser más expedito ni más fácil de plantear aún en la sociedad actual, si los comunistas de hoy se sometieran de buen grado á las prácticas de aquellos sábios: con hacer desaparecer los que sobramos en este mundo, y no dejar crecer á los seres débiles, teníamos resuelto el problema.

Como el más ligero análisis destruye el deseo de aplicar los otros

comunismos á la sociedad en general, podemos aducir un ejemplo que se verifica en la vida ordinaria.

No solamente en los departamentos de un tren ó en los vapores de travesía se practica esta clase de gobiernos para casi todos los usos de la vida especial á que están sometidos los viajeros, sino que entre los estudiantes de una misma localidad se lleva hasta las últimas consecuencias.

Viven en la misma casa de huéspedes, que casi todas tienen el aspecto de falansterios por derecho propio, siguen la misma carrera, usan indistintamente los abrigo y hasta los empeñan mutuamente; reúnen el dinero que se les gira para sus vicios, los libros si tienen algunos, son comunes; comen de un mismo puchero, y por practicar el ideal de Fourier, hasta se ceden las novias por ménos de un plato de lentejas, pero á los tres días de llegar á su pueblo con el título en la cartera, empiezan las rivalidades en el ejercicio de la profesion, porque allí comienza la lucha por la vida.

Los hombres por lo general son comunistas mientras son parásitos, mientras son inactivos, mientras no tienen necesidad de emplear el trabajo para la existencia, mientras no se reproducen; porque si la sociología ha demostrado alguna profunda verdad, esta es que los derechos sociales tienen su fundamento en la familia; no en el individuo; y si la ciencia económica tiene algun principio que sirva de base para sus cálculos, este es que la ley de reproduccion es inmensamente mayor que la de los medios de subsistencia.

Nunca se ha concebido una cosa más desigual que el principio de la igualdad humana, y los pensadores socialistas pronto echaron de ver que el comunismo de bienes trae en pos de sí la injusticia en el más alto grado posible.

Se ataca al derecho de propiedad, porque se supone que ésta ha sido mal repartida en el tiempo, se combate el capital porque se le acusa de explotar el trabajo del obrero, se rechazan los jornales porque se sostiene que el trabajador debe tomar parte en la ganancia de la produccion; se desea, en una palabra, capitalizar el trabajo; ¿y había de ser consistente en esta doctrina la conformidad del obrero activo, inteligente, honrado y moral á participar por igual de las ganancias con el holgazan, ignorante y depravado?

Aún dentro de la misma clase de producción y reclamando el principio de igualdad, ¿sería justo que el individuo que solo sirve para hundir la azada en la tierra ó separar la ceniza de la fornalla, fuera recompensado lo mismo que el director de la maquinaria, que el que estudió la composición del terreno para elegir la clase de cultivos de que depende en gran parte el éxito de la empresa, ó el que hace las combinaciones para el cambio de los productos?

Rechazando el comunismo como absurdo y anti-humano, suavizadas las relaciones entre el capital y el trabajo, modificada la producción con el uso de las máquinas, abundando en el mercado los artículos de primera necesidad á consecuencia de los principios demostrados por la ciencia económica y la facilidad de los transportes aligerándose las naciones de la población sobrante por medio de las emigraciones, que aún cuando no quieran algunos visionarios, son como las válvulas de seguridad que evitan la acumulación de presiones; desengañados los obreros de las revoluciones puramente políticas, aleccionados por la experiencia de los sucesos que se verifican con vertiginosa rapidez en la época actual; y por último, presenciando los errores cometidos por las clases directoras en la vida nacional, han tratado de buscar fórmulas que tiendan á establecer el equilibrio social: puesto que el partido obrero es un elemento importante que han traído á la existencia las transformaciones políticas y económicas.

Mas así como el sacerdote apóstata no abandona nunca un pedazo de sotana, el partido socialista no abandona la levadura del comunismo que le ha dado origen.

Al principio de la comunidad de productos, sustituye hoy el de la comunidad de los medios de producción.

VI

Si á un diputado, conservador de verdad, se le ocurre hacer un viaje de propaganda por las provincias de Murcia y Alicante, y elige como tema de su discurso, lo obligados que están los hombres de orden á defender á todo trance los santos derechos de la propiedad privada por considerarlos como la base en que descansa el edificio social; mu-

chos asistentes á la reunion se mirarían asombrados, porque sin duda alguna entre los oyentes habría bastantes dueños de las 16.000 fincas que en estos últimos años han pasado de los particulares á manos del Estado á causa de no haber podido pagar los impuestos.

Y si en lugar del diputado conservador, Enry George el leader de los Socialistas Norte-americanos, supiera hablar español é hiciera la misma excursion para explicar su sistema; en lugar de extrañarse, los propietarios desposeidos aclamarían como los actores de la comedia antigua «¡ahora nos lo explicamos todo!» el gobierno nacional ha contratado á ese *Inglés* para darnos una satisfaccion por lo que creíamos era un despojo: debe ser muy conveniente para el progreso social eso de que el gobierno se incaute de la propiedad que nosotros y nuestros padres regamos con el sudor de la frente.»

Pero Enry George, poniéndose al habla con los campesinos de esas provincias, tendría una doble satisfaccion; porque no solo se enteraría de que el Estado español practicaba la primera parte de su sistema sino que tambien ha ensayado la segunda.

Y para ello no había más que leerle la denuncia que hace cuatro ó seis años hizo el señor Mesonero de los Paños ante el Senado, de la forma tan sencilla como algunos particulares beneficiaban y beneficiaban los bienes del Estado sin más procedimiento que interpretar con manga ancha nuestras leyes, que según el señor Sanchez Molina, no son muy buenas.

Y no solo los socialistas ven la paja en el ojo ageno: los adversarios de la doctrina incurren en iguales defectos. Cuando éstos se asustan de que aquellos se conciertan y concentran sus esfuerzos para conseguir la fusion de los intereses del individuo en los de la organizacion social suprimiendo la propiedad individual, no observan que el capital sigue los mismos pasos, aunque en diferente orden, porque ¿qué significan los estatutos de las sociedades anónimas sino una evolucion hacia la comunalidad del capital?

En esta organizacion se manifiestan dos tendencias marcadamente socialistas á saber: la forma comunista de la accion del capital con la correspondiente distribucion comunista de los productos en conformidad con las fuerzas que ha aportado cada individuo al capital social;

y la construcción de fuerzas colectivas en las que desaparece por completo el individuo. Esta última tendencia cada vez toma mayores proporciones, va minando la propiedad individual, y hasta ejerce violentas coacciones sobre intereses sociales que se consideran como permanentes. Díganlo si no las sociedades bancarias que en circunstancias determinadas hacen caer un gobierno, ó las empresas ferrocarrileras que son como un Estado dentro de otro Estado, ó nuestra orgullosa compañía trasatlántica, y todavía más aún los *Trust* que en los E. U. imponen el precio á las mercancías.

En las sociedades humanas sucede como en los organismos; no se modifica un órgano sin que sufra modificaciones el resto del individuo; no cambian de medio de vida sin que refluya sobre las funciones.

Antes de que los tabaqueros de la Habana se declararan en huelga, ya hacía mucho tiempo que los capitales habían hecho lo mismo, bien retrayéndose de la circulación, ó bien emigrando al Norte América ó al Banco de Londres.

En esta lucha de interés, de doctrinas, de principios, en la febril actividad nerviosa la sociedad presente, y en el asombroso descubrimiento de los diferentes medios de comunicación que hacen saber en un mismo día lo que piensan trabajan y cosechan todos los pueblos civilizados, radica esta plétora de sistemas, de ideales, de rectificaciones y de propósitos; y el partido socialista no ha podido menos de ser arrastrado en el torbellino de las dudas, vacilaciones é inconsecuencias que determinan los cambios sociales en la actualidad.

Las divisiones de clases, antes tan marcadas, hoy se compenetran ó confunden dando lugar á otras que todavía no se hallan bien definidas.

La economía política clasifica entre los jornaleros al médico, al ingeniero y al albañil, el derecho electoral presenta como candidato á la diputación al Duque de Veraguas, y á su cochero; el pobre y honrado industrial, llega con facilidad á Marqués, sin dejar de ser industrial y aún honrado, se hacen nihilistas los Príncipes y socialistas los Emperadores, proteccionistas los radicales y libre cambistas los conservadores, se adornan las mujeres con la borla de Doctor y los hom-

bres planchan camisas, se eleva el toreo á la categoría de institucion patriótica y se niega arraigo á los procederes de las tierras: ¿qué extraño es, que las organizaciones sociales de la actualidad no quepan en los antiguos moldes idealistas que ya eran sueños cuando se concibieron?

El socialismo, si es un peligro para el órden, no depende de su construccion interna sino de los errores políticos; sus principios unos son utópicos y otros se hallan resueltos en parte; sus procedimientos no difieren de los que ejecutan otras clases, y su poder no es fuerte porque se halla dividido.

En cada nacion toma un carácter especial que le imprime el desequilibrio de la produccion ó de la propiedad ó de los derechos políticos; y si existe un procedimiento universal que es el de las huelgas, éstas no llevan más trastornos á la produccion en general, que los que causan la suspension de trabajos en los dias de carnaval ó de Semana Santa.

La huelga anunciada para primero de Mayo no ha de hacer suspender tanto los trabajos de Europa, como la fiesta nacional instituída en el Brasil.

Si en determinados casos las huelgas son convenientes al obrero y si en muchos otros son justísimas, elevadas á sistema, son contraproducentes á los obreros mismos.

A los trabajadores de hoy, con motivo de los grandes elementos de produccion que existen, con el progreso de las industrias y el aumento de los mercados, no les puede unir en la accion comun la miseria, porque en general han ganado mucho en condicion social y entre ellos existen enormes diferencias de posicion. Compárese un tabaquero de la Habana que dispone de medios no solo para educar á su familia con decencia sino gastar en lo supérfluo como es el teatro, el casino, etc., con el minero francés ó belga, que apenas si consigue lo necesario para la vida; y si no gustan los casos extremos nadie duda, que las tres cuartas partes de los propietarios de muchas provincias cambiarían su posicion por la de *Los Caballeros del Trabajo*.

Ni pueden hablar tampoco los obreros de ciertas industrias de que son explotados por el capital, sin que se confiesen reos de igual

delito con sus compañeros los aprendices; y á veces son tan injustas las condiciones impuestas por las sociedades de obreros, que rayan en lo arbitrario y despótico.

Miéntas que otros jornaleros si más orgullosos, con igual ó ménos dinero que los maestros tabaqueros, como son las profesiones de médico, farmacéutico, abogado, apesar de la gran competencia que reina entre las industrias científicas y literarias, no ponen obstáculo alguno á los que desean profesar la misma carrera, y ántes al contrario se esfuerzan los talleres universitarios en vomitar hornadas, legiones de obreros con título aunque sin capacidad; en muchas industria donde existe banderín de enganche para el partido socialista, y cuyas agrupaciones se consideran como las únicas que reivindicán los derechos de la personalidad humana, se limita y restringe el número de los aprendices que han de pasar á la categoría de maestros como, para no citar otras, sucede con los tabaqueros, los que trabajan en cristal, los ebanistas, etc.

¡Cuántas iniciativas y predisposiciones eminentes se atrofian, merced al despotismo que reina entre los obreros de una misma industria!

Porque estas corporaciones, recargan no sólo sobre el aprendiz un exceso de trabajo, sino que á los maestros hábiles se les obliga á no emplear más horas de las que ha acordado la asociacion con objeto de que no obtengan un complemento de salario; no sólo obligan al jefe de la fábrica á no admitir más aprendices que el número señalado por la Corporacion, sino que se oponen á la admision de trabajadores de otros países aunque deseen someterse á las mismas condiciones.

Pero no es al capital industrial al que dirige sus tiros el partido socialista. Sus jefes saben que la proteccion inconsciente dada por los gobiernos ha abierto á cañonazos nuevos mercados; saben que el capital industrial toma el carácter socialista y anónimo; saben que va trasformando la propiedad individual en colectiva; y están convencidos de que en muchas industrias han dejado de ser jornaleros para convertirse en co-proprietarios. Lo que han querido ignorar hasta la fecha, es que no se puede saltar sobre la naturaleza, es que si las máquinas y el trabajo libre é inteligente produce el bienestar social, la

proteccion ha creado un exceso de mercancías tan enorme que nadie sabe dónde colocarlas; y por último, lo que quieren ignorar es que mientras el obrero industrial, masa plástica del partido socialista, se ha elevado lo suficiente para ocupar un puesto en los movimientos políticos, contribuyendo con todas sus fuerzas á la confeccion arbitraria de los Aranceles, el obrero que cava la tierra y el propietario que la cultiva y dirige se van consumiendo en el terruño, convirtiéndose en parias á causa de los enormes impuestos y el exceso de trabajo, que agota sus fuerzas intelectuales y físicas.

El socialismo de hoy, apenas si hace caso de la *socializacion* de los instrumentos de la industria, ni de la *capitalizacion* industrial: hoy ambiciona el reparto de la tierra cultivada.

VII.

Si es peligroso para el crédito de los partidos políticos ofrecer programas de gobierno que no han de cumplir, las dificultades se elevan á la quinta potencia cuando en la ciencia social se establecen principios que pugnan abiertamente con la naturaleza humana áun cuando verbalmente seduzcan nuestras emociones. Y los principios establecidos en el Contrato Social de Rousseau (madre del cordero de la última moda del socialismo) es una gallarda prueba de como con frases huecas se construyen edificios en el aire.

Tomemos por ejemplo lo que cita el profesor Huxley en una acerada crítica de las doctrinas de aquel filósofo (1).

«1º Todos los hombres nacen libres, iguales políticamente, y buenos; y así permanecen en el estado de la naturaleza, por consecuencia; tienen derecho natural á ser libres, iguales y buenos».

«2º Siendo iguales por derecho natural, nadie está facultado para atacar el derecho de otro. Por consiguiente ningun hombre puede apropiarse parte alguna de los medios comunes de subsistencia, esto es; ni la tierra, ni cualquiera otra cosa que la tierra produzca sin el consentimiento unánime de todos los hombres. En cualquiera otra cir-

(1) On the Natural inequality of Men—Nineteenth Century.

cunstancia la propiedad es usurpacion ó en otros términos, es el robo.»

«3º Los derechos políticos, por lo tanto, se hallan basados en el contrato; el llamado derecho de conquista no es tal derecho, y la propiedad adquirida por la fuerza puede ser tomada tambien por la fuerza».

Aunque pudiéramos acompañar á Mr. Huxley en sus exageraciones analizando la libertad que podrá tener un recién nacido ó las *buenas* ideas que se les ocurren á los muchachos cuando salen del colegio, mejor será acudir á ver lo que sabemos del hombre en estado natural.

Por de pronto la historia sagrada cuenta que la primera pareja ya fueron malos ántes de tener familia, y no digamos nada de uua parte de la segunda, que á pesar de ser suyo todo el globo terráqueo, riñeron por repartirse los medios de subsistencia.

Y no es mejor lo que nos dice la paleontología respecto á los hombres que vivieron compañeros, hasta cierto punto, del *Elephas primigenius*, *Orsus spelaeus*, *Felis spelaea*, etc., porque las herramientas encontradas en las escavaciones y la forma de las cavernas que habitaban, nos dicen poco en favor de las constituciones políticas de nuestros prehistóricos antepasados.

Ni tampoco es bueno el estado natural de nuestros contemporáneos.

El que oiga la relacion que hace Thomas Willians, de la vida en Isla de Fiji cuando el rey Tanoa cortó el brazo de su querido primo, le guisó y se le comió bonitamente en su presencia, despedazando despues del festin el resto del cuerpo de su pariente, no le han de dar ganas de prestar mucha atencion á la edad de oro que requiere la hipótesis de Juan Jacobo.

Siendo las leyes establecidas en todos los pueblos producto de las costumbres y resultando éstas de las necesidades que se presentan en la vida de relacion; es absolutamente imposible fijar límites, ni determinar tiempos para concebir cómo han venido á la existencia la ideas que los pueblos civilizados tienen hoy acerca de la conducta, del derecho de propiedad y de los principios políticos.

Sólo aplicando la doctrina de la evolucion al estudio de los fenó-

menos sociales sin separarse del conocimiento de la naturaleza humana, es como se llega á comprender el estado actual en que nos encontramos.

El grado de incoherencia con que aparecen en la historia las sociedades primitivas á excepcion quizás de Egipto y Babilonia, cuya adelantada organizacion se revela por documentos imperecederos, y todavía ciertos descubrimientos hallados al pié de acantilados y cavernas de Europa donde se encuentran revueltos en abundancias utensilios humanos con huesos de animales, prueban que el hombre ántes de dedicarse á la agricultura, debió pasar su azarosa existencia durante un período inmenso en la vida pastoril, alimentándose principalmente de los animales que cuidaba.

Y un resultado inmediato de esta situacion, es la vida nómada, condicion que es muy apta para el desarrollo de la idea del derecho de propiedad al suelo.

Las situaciones sedentarias habian de ser temporales porque el agotamiento de pastos, el crecimiento de las familias y del ganado, las variaciones-atmosféricas y las luchas entre las tribus con objeto de establecerse en nuevos territorios donde existian abundancia de alimentos, daban poco lugar, sobre todo en los continentes, al origen de la propiedad territorial.

Y así sucede que en el *clan* ó en la tribu no sólo de los primitivos pueblos sino las razas que existen hoy al estado natural, la propiedad mueble es la primera que se dibuja en las costumbres.

Mas, si no habia motivo para el sentimiento de la propiedad permanente, la idea de la propiedad individual se manifiesta en todo su vigor en los vestigios de las sociedades humanas hasta el extremo de que los que morian iban acompañados de sus armas, sus no muy abundantes ropas, de sus animales favoritos y hasta de sus mujeres propias en el caso de que en las tribus no hubiese partido socialistas que proclamasen el amor libre. Así es que en el origen de la sociedad el hombre llevaba su propiedad al otro mundo.

Pero nótese la transformacion lenta que se iba verificando en el concepto de ese derecho. Cuando la organizacion social comenzaba á ser doblemente compuesta, esto es, cuando llegaron á ponerse en con-

tacto varias tribus concertándose con una unidad comun para defenderse de las agresiones tan frecuentes en el estado natural, cuando las agrupaciones de hombres iban creciendo en integracion y por consiguiente en fuerza, los productos habian de ser mayores y la vida nómada más difícil, haciéndose necesario la defensa del territorio que ocupaban para no perder la propiedad mueble. En este estado transitorio claro es que el territorio se habia de considerar como propiedad comun de la tribu ó de la agrupacion, y tambien es evidente que mientras las necesidades sociales no hacian precisa la division de funciones (como sucede en todos los organismos incoherentes) el cultivo de la tierra habia de ser en comun, así come el reparto de los productos.

Un paso más y vemos como en las primeras comunidades de Europa y Asia, las familias además de los muebles, tienen como patrimonio individual la casa y un jardin anejo á ella. Este rudimento de propiedad individual de la tierra y por consiguiente con derecho al uso y al abuso, no habia de quedar estacionario sino debió ser motivo de cambio, la definicion de *lo tuyo* y *lo mio* en aquellas sociedades no sería tan correcto, para que algunos jardines no fueran mayores que otros de grado ó por fuerza.

Sería extendernos demasiado si nos ocupásemos de otras formas que de la propiedad que registra la historia, así como sería interminable citar lo que ha influido el carácter de las razas y la posicion geográfica en la idea de este derecho, porque así como existen hombres buenos y hombres malos *á nativitate*, así ha habido razas que fueron perversas desde el *Fiat lux* hasta nuestros dias.

Fijándonos sólo en el carácter comunal que tomó la propiedad territorial en los primeros pueblos de Europa y confesando (porque así son los hechos) que con el régimen militar en muchas partes, la propiedad comunal pasó á manos del caudillo ó del rey para repartirla á su placer entre los que ayudaban á la conquista, convirtiendo en esclavo á los poseedores, hechos análogos, sucedieron entre las comunidades, ántes de la organizacion de los Estados.

Además, de que las antiguas agrupaciones no se constituyen en territorios determinados, merced á la disposicion de un legislador su-

premo, sino espontáneamente en virtud de las necesidades; cuando la ley de reproducción de la especie que crece en mucha mayor proporción que los medios de subsistencia ejerciera su influjo en la comunidad, ésta había de necesitar mayor extensión de territorio.

Otras tribus se hallaban en igual caso, y los choques entre las tribus se producían de dos maneras: conquistando la propiedad comunal vecina, ó luchando estas agrupaciones por situarse en nuevos territorios.

¿Y esta propiedad que poseía en comun, cada tribu dejaría de ser fundada en la usurpación?

Así es, que á los socialistas de la tierra no les queda ni el recurso del principio establecido por Rousseau, pues que el terreno no es más ni ménos usurpado, ya lo retenga una comunidad ó una familia ó un individuo.

Precisamente en la historia se ha verificado siempre lo contrario de lo que pretenden los socialistas.

Cuando un Clan, una tribu, una comunidad, un Estado han actuado como un todo, la usurpación de otros territorios ha sido el carácter dominante, más cuando en cualquiera de esos organismos han operado las partes en su constitución interna, se ha ido desarrollando la idea de la propiedad individual.

Querer que la propiedad de la tierra pase á manos del Estado es (empleando los términos de los socialistas) robar á los poseedores, para entregarla al ladrón supremo.

Y si no, que se cite un solo Estado constituido en el mundo, que no haya sido conquistador y conquistado á su vez.

Ni tampoco es cierto, que todos los hombres sean iguales por derecho natural.

Si la ley de las mayorías no dá más valor en la definición de lo que se entiende por derecho á la opinión de Darwin que á la de un cargador del muelle de Lóndres, entónces puede admitirse con tanto fundamento, que el gobierno de los esquimales sería capaz de dirigir la política actual del imperio alemán.

Entre las razas se hallan diferencias enormes, así en lo físico como en lo moral, y en la naturaleza, en lugar de asistir la igualdad del

derecho entre los hombres, siempre ha dominado y dominará el más fuerte, el más inteligente, el más apto en una palabra.

El político más entusiasta por el sufragio universal (y no hemos de ser nosotros quien escatime lo ménos del mundo esta manifestacion del derecho relativamente justa) teme considerablemente la forma plebiscitaria sin embargo de ser en absoluto la única legítima; limita hasta cierta edad el ejercicio de ese derecho y no se le concede á las mujeres sino con ciertas restricciones y reservas mentales; lo que prueba el concepto de la desigualdad.

Y ménos es consistente todavía la idea de que nadie puede apropiarse los medios comunes de subsistencia, esto es, ni la tierra ni cualquiera otra cosa que la tierra produzca *sin el consentimiento unánime de todos* los hombres. ¿Qué hombres, los de la comunidad? ¿Qué comunidad, la que se ha constituido en el tiempo ántes que invadiera otros territorios ó fuere invadida por otra agrupacion?

Ni en el paraíso se ha constituido comunidad semejante.

Implicando este principio que ha de ser el consentimiento unánime de todos los hombres de la tierra, dudamos que haya muchos socialistas españoles é ingleses que admitieran la ingerencia, por ejemplo, de los rusos en el arreglo de sus propios asuntos. Pero hay otra incongruencia mucho más grave.

Una apropiacion de los medios comunes de subsistencia no es más legítima porque lo consienta la unanimidad de los hombres, del mismo modo que pudiera haber apropiaciones perfectamente ilegítimas aunque todos los hombres pasados, presentes y futuros lo consintieran; del mismo modo que *mi* derecho es *mio* exclusivamente con ó sin el consentimiento de mis semejantes.

Y ahora otra cuestion: ¿cuál es la tierra ó el producto de ella que ha de ser medio comun de subsistencia? porque el hierro es tierra y con él formo mi arado y mis armas y mi casa, el pasto de que se alimentan mis animales y los animales mismos, productos de la tierra son; el paño de mi levita ántes ha sido lana, ha sido pasto, ha sido tierra, ¿y estos objetos tampoco son *mios* hasta que lo consientan los hombres? ¿dónde está el límite que separe lo que ha de ser medio comun de subsistencia de lo que ha de constituir propiedad privada?

La tierra no es propiedad de nadie mientras no se ocupe, y no entra en la ley económica de la producción mientras no se cultive; y si alguno objetase que los pastos naturales no tienen necesidad de *cultivo*, contestaría por nosotros cualquier montuno de Cuba, de lo que llegarían á ser los postreros si no hicieran por medio de cercas las divisiones que ellos denominan vasos.

Pero el cultivo de la tierra no sería posible ó á lo ménos se dificultaría al infinito la producción, si no existiera la propiedad individual, porque no sólo el cultivo se extiende á la preparación actual de la tierra, la siembra y consiguiente recolección, sino también á la construcción de pozos, acequias, casas de labor, veredas convenientes, etc.; trabajos todos que toman un carácter de permanencia y esfuerzos individuales acumulados durante generaciones que no pueden ser medios comunes de subsistencia.

Y en estos factores importansísimos de la producción de la tierra el consentimiento unánime de los hombres daría lugar á efectos desastrosos.

Hemos vivido algún tiempo en una comunidad de Castilla cabeza de partido judicial, en la que se estableció un pugilato entre la inmensa mayoría de los vecinos y un terco é inteligente propietario que se propuso plantar árboles en sus fincas; y cuando éstos iban tomando cuerpo, algunos salvajes habitantes se entretenían en talarlos con el aplauso ó la indiferencia del resto de la comunidad.

Afortunadamente el propietario aplicaba un remedio eficaz: plantaba cuatro por cada uno que cortasen, y en la actualidad aquellos árboles tan odiados hacen lo que la madera del aloe de Budda; perfuman el hacha que los arrancó.

Y una de las causas principales que han contribuido á la pobreza y miseria del suelo castellano es la bárbara costumbre inveterada ya desde hace algunos siglos, de ir paulatinamente destruyendo los montes comunales, en tanto que la propiedad individual tiende á desarrollar, aunque lentamente, la riqueza forestal.

Las utopías políticas no dependen tanto de la luxación de la inteligencia como de la creencia tan arraigada en los hombres, de que los males de la sociedad se curan con tópicos. Se forjan á su imágen la

nube de la idea que les ha de guiar en el desierto de la vida y esperan obtener una cosecha abundante de maná, suplicando al cielo de su fantasía; pero la humanidad, cual Prometeo, se halla sujeta á la roca dura de la necesidad, y su Hércules salvador le encuentra en sus propias fuerzas que debe dirigirlas en conformidad con la evolucion de su naturaleza.

En la ciencia social no sucede como en la medicina sintomática porque en general, los remedios que se aplican á cada manifestacion morbosa son origen de males que se multiplican al infinito.

Precisamente el progreso de los pueblos no consiste en introducir nuevos factores *á priori*, sin espurgar los que resulten perjudiciales, y dejar el libre juego de los favorables.

Entre los varios sofismas que proponen los socialistas veamos como muestra uno que presenta el distinguido escritor Mr. Deville en su «Estudio sobre el Socialismo científico, página 31.» «De lo que precede resulta que el socialismo quiere la igualdad ante los medios de desarrollo y de accion, es decir la *igualdad del punto de partida*.

Mas esta igualdad no implica en ningun caso, ni la igualdad de movimientos, ni la igualdad *en el punto de llegada*.

Al asegurar á todos los organismos humanos una parte igual de las posibilidades de educacion y de ejercicio, léjos de realizar la uniformidad, el socialismo hará brotar y acentuará las desigualdades naturales, musculares ó cerebrales. Aun cuando fuera posible, el socialismo científico se guardaria muy bien de borrar esas diferencias, pues no ignora que semejante heterogeneidad es una de las condiciones esenciales del perfeccionamiento de la especie.»

De las frases subrayadas por nosotros se desprende fácilmente, que aun cuando fuera posible realizar la pretension del socialismo científico, esto es, la igualdad ante los medios de accion, no habríamos adelantado un paso en el camino de la felicidad humana; pues como dice el autor luego, se acentuarían las desigualdades naturales. ¿Y de qué dependen los males sociales sino de las desigualdades de la naturaleza? Ningun labrador que vive entre las nieves de Rusia, ningun minero que trabaja á mil metros de profundidad, dejaria de reclamar el medio de accion que existe en las costas de Italia, en el

mediodía de España ó en los trópicos, pues que tanto derecho podían aducir para cultivar las uvas ó los limoneros, como los propietarios actuales. Esto en cuanto al medio externo, porque en lo que se refiere á las facultades del espíritu, muchos hemos dispuesto de los mismos medios de subsistencia que otros ricos en el saber, y sin embargo, nos hemos quedado á una muy *honest*a distancia. En la misma biblioteca que estudió el Sr. Castelar cuando cursaba en la Universidad Central, hemos estudiado nosotros y dudamos que dedicara más horas en adquirir los conocimientos que las empleadas por el que esto escribe, y mientras ese hombre eminente ha conseguido llegar á ser el primer magistrado de la Nación, apénas si en buena justicia podríamos nosotros aspirar un puesto entre los Concejales del Ayuntamiento de la Habana. Y lo mismo sucede con los patronos que han llegado después á ser dueños de fábrica, é igual con los más ricos comerciantes. Lo mismo han venido entre las patatas los billeteros, que los mayores capitalistas del comercio habanero. Con la cuarta parte de trabajo, pueden los labradores de Cuba producir doble y satisfacer sus necesidades mejor que los labradores de Hungría ó Polonia.

Con tantos títulos como ha tenido la aristocracia, el régimen militar ó la clase media, puede el partido obrero organizarse para conseguir la dirección de los negocios públicos imponiendo y practicando los principios del socialismo científico; pero con esto no se remediarían los males sociales sino cambiar de manos los irritantes privilegios, porque en el festin de la vida somos muchos los convidados y pocos los cubiertos de la mesa; debiendo contentarse los más con recoger las migajas del suelo.

Una de las mayores dificultades en las teorías económico-sociales consiste en determinar *á priori* las utilidades que corresponden al trabajo producido, y todas se estrellan ante el principio incontrovertible de la «relacion entre la oferta y la demanda.» El valor que se dá á la actividad humana varía con los tiempos, con las situaciones, con las necesidades y hasta con los gustos. Ni Campoamor sirve para descalzar á Homero, ni Núñez de Arce á Esopo; y mientras aquellos vivieron en la miseria entre sus conciudadanos, éstos gozan de una situación desahogada, merced al valor que se dá hoy al talento poético.

Los cuadros de Madrazo hoy se cotizan por miles de pesos y los de Murillo, que son mejores, se cotizaban en su tiempo manteniendo al artista preso. El arquitecto que hizo el Monasterio del Escorial ganaba ménos que un oficial albañil de hoy; y todavía entre las varias clases de industrias y cultivos de la actualidad existen diferencias enormes de remuneracion.

Aun el tan odiado capital, que si en muchas ocasiones se ha adquirido por medio del fraude, de la esclavitud ó de la usurpacion, en la mayor parte de los casos representa trabajo acumulado y direccion inteligente, se ve expuesto á las contingencias que resultan de la relacion entre la oferta y la demanda; y para no citar más desastres, podemos aducir la triste suerte que cupo á muchos capitalistas españoles con el prurito de las minas hace treinta años, y á infinitos capitalistas ingleses hácia el año 1845 con la ruina espantosa de las empresas ferrocarrileras.

Mas no solo resulta sofístico en teoría el principio socialista de la igualdad ante los medios de desarrollo y de accion, pues que para producir, el medio externo no vale tanto como la capacidad del productor; y sabemos que así en el uno como en la otra, hay diferencias infinitas; sino que tambien resulta falaz en la práctica.

En las capitales del mundo civilizado existe hoy en realidad, la universalizacion de la instruccion científica y tecnológica, general y profesional; y sin embargo, aunque muchos son los llamados pocos son los escogidos.

Ni se arguya tampoco que los hijos de los obreros no pueden asistir á las aulas, pues que además de hacer hasta obligatoria la enseñanza de algunos Estados, las calles de los barrios pobres están interrumpidas por niños vagabundos, que tanto ellos como sus padres, hacen muy poco caso de la igualdad de educacion é instruccion.

Y en cuanto á la igualdad de los medios de accion en las circunstancias externas; todos los hombres del mundo tienen hoy abiertas de par en par las puertas de la actividad para hacerse ricos ó felices, en las condiciones que piden los socialistas; y no obstante, en los lugares donde se presentan estas condiciones de desigualdades sociales continúan lo mismo.

El Estado español regala en Cuba y Filipinas los territorios que quieran á los inmigrantes, proporcionándoles además los instrumentos del trabajo, y si no se fía mucho de esta generosidad porque los españoles, en cuestion de colonizacion ya nos hemos cortado la coleta, se tiene como ejemplo los territorios de la América del Sur, y sobre todo tenemos los Estados Unidos. En este pais se ha verificado en realidad, el principio abstracto más justo que pueda concebir socialista alguno de la tierra, y aun el que demandase una emigracion de viajeros que viniese del planeta Marte: no hace todavía dos años que aquel gobierno nacional concedió en un territorio, el derecho de primer ocupante; esto es, el medio más legal que demanda el principio abstracto del origen de la propiedad. En ese territorio, los discípulos de Rosseau y los más inmediatos de Henry George, no tenían más que decir «quiero» para sustraerse del medio mefítico de los *burgueses*, y comenzar á practicar su sistema, pero han preferido el de las teorías soñadoras y sobre todo, porque es más bonito y más cómodo dejar correr la pluma en medio de las facilidades que proporcionan el pensamiento y el estudio, que someterse á los rigores directos de la lucha por la existencia.

Mas Henry George no necesita esperar los resultados sociales de ese territorio, ocupado en conformidad con los principios de Rousseau: multitud de ejemplos tiene en su mismo país para saber que las teorías de los socialistas sobre el derecho de propiedad, no resuelven el problema de la miseria.

Nuestro trabajo de inquirir las causas, le tenemos demostrado en las discusiones á que ha dado lugar la cuestion de la propiedad de la tierra, tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos.

Horacio White, en un magnífico estudio sobre «La agricultura y la contribucion única,» (1) dice: «Cualquiera persona de mediana inteligencia, puede responder á la cuestion. (La de que en los países donde se halla establecida la ley de la propiedad absoluta é individual de la tierra, los dueños de ellas no están en mejores condiciones que

(1) Agriculture and the Single—Tax The Popular Science Monthly. February 1890 p. 485.

los dedicados á otra actividad).» «Se me han presentado ocasiones varias veces de haberme hecho rico con la propiedad de la tierra, antes de ser hombre político. He tenido oportunidad de haber adquirido terrenos á cualquier precio, y aun de balde, y durante algun tiempo estuve domiciliado en un lugar donde se obtenía la tierra por ese último precio; (una buena tierra de cultivo, que cubría un filon abundante de carbon de piedra). Formé un expediente para tomar posesion de ciento sesenta acres en Lecompton, (Kansas); pero habiéndome ofrecido en este tiempo un sueldo de 25 pesos por semana, para redactar un periódico, abandoné mi objeto, y estoy seguro de no haberme equivocado bajo el punto de vista de los pesos y centavos. Despues pasé á la ciudad de Chicago, cuando solo se componia de 65,000 habitantes. El aumento de la poblacion desde entonces, ha sido uno de los fenómenos más notables de la historia, y una gran parte de ese crecimiento ha sido en mi presencia; sin embargo, nunca he visto ocasion oportuna para hacer uso de mi pequeño capital constituyéndome en propietario de la tierra mejor que de cualquiera otra industria. Pero yo tenía alguna experiencia como poseedor de terrenos; y los que yo poseí ya en el centro de la ciudad, en los barrios bajos ó en el campo, nunca me sirvieron tanto como en otros negocios que he emprendido.»

Por la importancia que encierra esta cuestion en las doctrinas socialistas, no pasaremos en silencio otro de los datos que aduce el eminente economista.

Henry George, apoyándose en la escuela fisiócrata del siglo pasado, sostiene que todas las riquezas de las naciones proceden de la agricultura; y siendo esto cierto dice: «Donde toda la tierra está ocupada, el valor anual de la renta del territorio de una nacion, es en teoría equivalente al producto neto; esto es, equivalente á la produccion total menos el sostenimiento, el interés y la reposicion. Así es que en el sistema de propiedad privada, el rendimiento total se halla absorbido por un corto número de individuos.»

Despues de combatir la doctrina que se desprende de este modo de considerar los hechos, Mr. White cita la situacion en que se encuentra la agricultura en el Estado de Conneticut, uno de los más

prósperos é industriosos de la Union Americana, tomando los datos oficiales del «Informe de la Comision de Estadística del trabajo.» Resulta de aquí, que de las 693 fincas visitadas 314 acusan una ganancia de \$362-88 centavos, 378 una pérdida tambien proporcional de \$268-59 centavos, mientras que una sola no dá pérdida ni ganancia. El comisionado del gobierno despues de estudiar los datos recogidos los sintetiza así:

Total rendimiento do 693 fincas.....	\$707.153
Gasto total incluyendo el sostenimiento de las familias. »	690.990
	<hr/>
<i>Utilidad total</i>	\$ 16.163

Así es que si los propietarios de Conneticut vivieran en España, podrían emplear la frase gráfica de que habian *trabajado para el Obispo*, durante el año 1889, fecha á que se refieren estos documentos.

Inútil es aducir más datos y discutir más principios, para mostrar las falacias que emplean los socialistas en su argumentacion.

Lo que piden con tanta insistencia á saber: que la propiedad individual pase á manos del Estado, ya lo tienen establecido, ó mejor dicho, nunca ha dejado de constituirse en poseedor supremo. Impone contribuciones, esto es, cobra el alquiler de la tierra, y cuando el usufructuario no puede cumplir sus compromisos, la tierra vuelve á poder de quien la otorga.

Ni tampoco indefinidamente puede la propiedad acumularse en pocos individuos, porque el gobierno nacional ha dispuesto siempre á su antojo, y más de lo que debiera del recurso de expropiacion forzosa, por causa de utilidad pública *con ó sin* compensacion, porque despues de todo despacha unas *láminas* á sus poseedores, reconociendo una deuda que nunca paga: principio que no por ser verdaderamente socialista es menos injusto.

En caso de defensa nacional y aun de provocacion nacional, dispone no solo de las haciendas, sino tambien de las vidas y de los productos del suelo, del aire y hasta del espíritu; conducta que es comunista en alto grado.

CONCLUSION.

La propiedad individual tal como se ha desarrollado en el tiempo en lugar de acumular las riquezas en pocas manos, se ha ido repartiendo cada vez más, proporcionando los medios de subsistencia á los que han sido más aptos ó se han encontrado en condicion más favorable.

Dejando á la libre actividad el cuidado de la produccion, ha roturado montañas, cubierto valles cambiando el curso de los rios y dividido continentes.

Y la propiedad individual haría más milagros, si el Estado, por medio de los procedimientos socialistas, no creara ejércitos de funcionarios que consumen la riqueza nacional sin producir, no promulgara el gárrafo de leyes que dificulta espantosamente las transacciones individuales; si el Estado no protegiera unas industrias á costa de otras, de la agricultura y el derecho.

La propiedad, privada además de proporcionar hoy bienestar al mayor número de familias socialistas, pudiera extender más sus beneficios si el Estado, con sus procedimientos comunistas, en lugar de tomar del propietario y del producto la mayor parte de sus ganancias para sostener grandes presupuestos en funciones de dudosa utilidad como la enseñanza oficial, el inmenso número de tribunales, y otras funciones inútiles como son las de Abogados del Estado, Ingenieros del Estado, Médicos del Estado, la provincia y el municipio, Administradores principales, subalternos, Investigadores, Cobradores, Inspectores de montes, de caminos, de minas, etc.; si las dejara íntegras ó casi íntegras al que las obtiene con su trabajo para que dispusiera de ellas según le conviniese.

Así es que el partido socialista, queriendo destruir la propiedad individual que ha aportado tantos bienes, y más cuanto menos ha intervenido el Estado en la forma y en la explotación del suelo, ayuda á la organizacion centralista para que las fuerzas productoras y las energías individuales sean manejadas por él, el peor de los administradores y el más absorbente.

Al derecho constituido al través del tiempo, despues de luchas sin cuento, rectificaciones dolorosas, experiencias infinitas, cuando se le ha conseguido la definicion y el libre desenvolvimiento de la personalidad humana arrancándola de la tutela del Estado, quieren sustituir un nuevo derecho comunal que le reprueba la conciencia, que le condena la historia, y que á las dificultades de la actualidad se habían de sumar las que traería el nuevo órden de cosas.

Si ya no podemos con tantos organismos sociales que dificultan la verdadera libertad del hombre y que sustraen una porcion de energías que serían utilísimas para la produccion, ¿habíamos de sobrellevar otra peor cual sería la distribucion de la tierra y de los instrumentos de trabajo en conformidad con la justicia y la igualdad absoluta?

Si cambiando de valor las cosas á cada momento, es imposible con la propiedad individual definir la justicia distributiva, ¿qué organismo sería capaz de concebir la igualdad ante los medios de desarrollo y de accion cuando todos los individuos son diferentes? ¿qué enjambre de funcionarios no necesitaría el Estado socialista para dirigir la propiedad nacional de modo que todos los hombres gozasen por igual de los beneficios de la produccion?

¿Y de qué otro planeta habían de proceder los nuevos funcionarios para que no fueran ignorantes, inútiles, holgazanes y rapaces?

Porque los socialistas no han de pretender que como hombres sean mejores que los del medio donde viven, no han de pretender que entre ellos no haya explotadores ni intolerantes, ni agresivos, porque ahí están las costumbres nada igualitarias de las fábricas, ahí están los obreros que han llegado á ser patrones y capataces ó directores de trabajos, para quienes está pintado el refran de «no hay peor cuña que la de la misma madera.»

Constituir el Estado socialista sería destruir el sistema relativamente pero cada vez ménos arbitrario, de la propiedad individual, y sustituirle por otro absolutamente arbitrario como es el de establecer igualdades artificiales donde solo existen diferencias naturales.

Pero como hemos dicho al principio de este trabajo, no son los socialistas quienes han organizado el socialismo, sino los errores económicos y las injusticias políticas.

Los hombres de estado que no tienen fé en los principios que proclaman, los acaparadores de la fortuna pública que por medio de combinaciones burdas se apoderan de la producción, los gobernantes que permitiendo que las Bolsas, «exparciendo falsos rumores ó usando de cualquier otro artificio consiguieren alterar los precios naturales que resultarían de la libre concurrencia en las mercancías, etc., etc.» (parte del artículo 568 del Código Penal Español), permitiendo que los Parlamentos suban ó bajen los aranceles á su antojo, hundiendo en la miseria á unos ciudadanos y enriqueciendo á otros, permitiendo vida tranquila á asociaciones ilegítimas; prohíben en cambio á las agrupaciones obreras concertarse y defenderse como es su legítimo derecho de las imposiciones del capital. Estas causas y otras que es inútil enumerar, han sido los condensadores que han acumulado la electricidad social en el último tercio de este siglo, encontrándose ahora los electricistas de los gobiernos nacionales sin saber emplear conmutadores convenientes para que las descargas sean ménos peligrosas.

Para contrarrestar el temeroso conflicto que se aproxima no existe más que un remedio practicado con éxito en los problemas políticos por el estadista más eminente de los tiempos modernos, D. Práxedes Mateo Sagasta. El sistema de Gournay en economía política *laissez faire, laissez passer* que en resumidas cuentas traduce el actual jefe de nuestro gobierno por *hacerse el muerto* cuando se presentan las dificultades; es el tópicó necesitado por la manifestación morbosa del 1º de Mayo próximo; porque esa exhibición de fuerzas socialistas es de carácter platónico alimentado y sostenido por esa inoportuna conferencia internacional provocada en Alemania y por los procedimientos socialistas del gobierno de esa nación, procedimientos de los que ahora está recogiendo el fruto.

En la dirección del partido socialista hay personal inteligente para comprender que una huelga general prolongada ayudaría eficazmente á resolver la crisis porque está pasando el elemento que considera como un principal enemigo, el capital. La introducción de las máquinas, los adelantos científicos y las rápidas comunicaciones han acumulado un exceso de producción tan enorme, que los capitalistas no saben dónde colocarle, y una paralización de las industrias serviría

para que sin tener necesidad de pagar jornales, las fábricas y el comercio se deshicieran de las existencias acumuladas á un precio más elevado, y como entre los consumidores se hallan los socialistas, favorecerían admirablemente las necesidades del capital consumiendo no sólo los ahorros de las cajas de resistencia sino también los individuales.

La lucha por la existencia es ley natural de todos los organismos y es más fuerte y más decisiva en el más superior que es el hombre; complicados antagonismos mantienen el equilibrio social, y no pueden vivir unas sociedades sino á costa de las otras. Como el concierto no es universal, como en todas las naciones no existe el mismo desequilibrio entre el capital y el trabajo, como la producción en cada Estado es antagónica con la del vecino, la ruina ó el desequilibrio de los unos favorece á los otros. La invasión de la filoxera en Francia destruyendo sus viñedos ha hecho aumentar considerablemente la riqueza de España. El descubrimiento de las Anilinas concluyó en un día con la riqueza de las Islas Canarias. La escasez de cereales en Europa y particularmente en nuestro país, ha hecho que á precios sumamente módicos los Estados Unidos inunden el mercado. El sistema arbitrario de la protección, tan simpático á las clases conservadoras y socialistas del continente europeo, ha hecho de la libre Inglaterra la nación más rica del mundo.

La organización actual del socialismo, si envuelve principios utópicos y su realización es quimérica, enseña al Estado nacional, enseña á las demás clases sociales á aprender cómo impunemente la injusticia, los errores y las ambiciones no pueden sostenerse mucho tiempo sin refluir sobre quien las provoca. Se han servido del instrumento ciego de las masas para ejercer toda clase de despotismos así los blancos como los rojos; pero ahora empieza este instrumento á ver aunque por medio de lentes irisados. Mas no importa; el rozamiento del progreso pulimenta las aberraciones, las necesidades de la vida enfocan la inteligencia, y á nuevas perspectivas corresponden nuevos ajustamientos. Destruyase el entorpecimiento que á la iniciativa individual oponen las leyes de los Estados, elimínese el privilegio de ciertas industrias y ciertos capitales que son en perjuicio de otros, téngase más

confianza en los principios del derecho y de libertad que informan la sociedad actual y practíquense sin temor, abandónese el sistema de los artificios, redúzcase el funcionarismo del Estado nacional á sus propios límites y no habrá invasión que pueda dominar el reinado de la justicia.

GASTON A. CUADRADO.

Abril de 1890.



ALGUNAS OBSERVACIONES MAS

SOBRE

“PEQUEÑECES”..... DEL P. COLOMA.

(FINALIZA).

III

Despues de haber considerado en la anterior Seccion el *fondo* de *Pequeñeces*, veamos ahora su *forma*, es decir el *Estilo* en sus accesorias de aspecto, ó intrínsecas divisiones secundarias, de *lenguaje* y *tono*, con que el P. Coloma ha escrito su Libro y expuesto á la luz pública, con la trama, caracteres y peripecias de su Novela, sus pensamientos, doctrinas y sátiras personales.

Si el *estilo*, como decía Buffon (1), «supone la reunion del ejercicio de todas las facultades intelectuales;» si, con un renombrado preceptista español, (2) lo definimos «el carácter dominante que dan á

(1) En el *Discours sur le Style*.

(2) El Sr. D. Pedro F. Monlau.

un escrito, y á cada una de sus partes principales, los pensamientos de que consta, las formas bajo las cuales están presentados, las expresiones que los enuncian y el modo con que están construidas las cláusulas;» forzosamente tenemos que fallar, de que *Pequeñeces* tiene un estilo original, esencialmente adornado de las difíciles propiedades de la claridad, precisión, energía, nobleza, fluidez, elegancia, brillantez, rico en metáforas y repleto en imágenes y conceptos poéticos.

Para probarlo, no tenemos para que explayarnos, lanzarnos en grandes explicaciones, ni hacer análisis alguno; basta traer á colación los numerosos y largos párrafos que adrede hemos transcrito, para que, recorriéndolos de nuevo con cierta atención, se convenza el lector de la exactitud y justicia con que hemos estampado cada una de las anteriores calificaciones; hasta podemos asentar que, entre aquellos textos citados, se encontraría uno especial, en el que primorosamente resalta sobre las demás una de las expresadas calificaciones y que pudiera alegarse como ejemplo particular de tal especificada clase de estilo.

De suerte que *Pequeñeces* resulta una obra bien escrita, y á la excelencia general de su substancia que hemos demostrado, se agrega aquí la de su mérito formal.

¿Quiere esto decir que el P. Coloma sea un modelo de estilistas y un hablante perfecto? No. Su Libro presenta varias cláusulas de construcción defectuosa y hasta viciosa, que á veces nublan el pensamiento, hacen dudar del sentido y requieren repetición de lectura y honda fijez de la atención para comprender lo que significan; y en otros lugares, si bien sus períodos no dejan duda, porque la lógica ó naturalidad de la acción ó sentencia se impone, en análisis se convierten en expresiones sin sentido ó dichos imposibles (1). El Libro exhibe

(1) Ejemplos:

«Moral divina del Dios.» (Tomo I, Sección III, Libro I) *Divina* en absoluto inútil—«Empuñar la pluma en sus manos.» (Tomo I, S. IX, L. I) Se empuña la espada, un cuchillo, un baston; pero no la pluma, y en todo caso ésta con una sola mano, al singular.....—«Laeder del dia, cuyos saludos se mendigan, sus frases se repiten, sus trajes se copian, sus toses se numeran y comentan.» (S. I, L. III, T. II). En lugar

tambien bastante acopio de gerundios, los cuales como es sabido debe evitar todo escritor que aspire á ligero y armonioso; hasta el jesuita, de cuando en cuando, hace que dos gerundios se encuentren adyacentes y que tres y cuatro clausulas, iniciadas y gobernadas por tales tiempos del verbo, se sigan inmediatamente en un mismo período.

Además—y este es un defecto demasiado repetido para no sobresalir y notarse mucho,—Coloma no se cuida de la armonía de sus clausulas, no se esfuerza de evitar las disonancias de las palabras y menosprecia la serie de sonidos duros y agudos, como resulta cada vez que una sola nota domina y la misma se repite en una melodía. Tan fuerte es á veces esa discrepancia, que he llegado á dudar del oido musical del autor y á creer que es tan reacio á las dulzurns de la Armonía, que no sabría distinguir la diferencia acústica entre un sonido y un ruido. Y, ¡qué mal se aviene esto, cómo se contradice con la corriente fácil, suave y cristalina que generalmente presentan los períodos del Libro! «Basta, dice el ya citado célebre estilista francés, tener un poco de oido para evitar las disonancias, y haberlo ejercitado y perfeccionado con la lectura de los poetas y oradores para que mecánicamente sea uno llevado á la imitación de la cadencia poética y de los períodos oratorios». Seguramente no ha leído mucho á Castelar, el escritor que, en párrafos compuestos de 4, 19, 28 palabras de una suma correspondiente de 20, 100 y 120 letras, consigna respectivamente 6,22 y 30 veces la vocal *a* ó la *o*, es decir como la cuarta fracción del número total de letras, olvidándose lastimosamente que para cada vocal hay otras cuatro y además 24 consonantes en el alfabeto. Y en esta agudeza acústica de las clausulas de Coloma, le notamos marcadamente una afición bastante fuerte hacia la *a*, cuya articula-

de *sus* corresponde *cuyos* ó el artículo *los*—«Monina..... agarraba con sus labios blancos las faldas de su aya.» (S. II, L. IV, T. II). No es posible agarrarse sólidamente á nada con los labios; el autor quiso decir, entre comas, blancos sus labios.—«Los gritos de horror que él mismo se inspiraba á sí mismo.» (S. II, L. IV, T. II). Sobra con exceso el primer *mismo* y hasta mejor hubiera estado la frase..... «que á sí mismo se inspiraba.»

ción es la escogida cada vez que tropezamos con las mencionadas anti-melodiosas cláusulas (1).

*
* *

Pasando al lenguaje y tono, desde luego nos atenderemos, en nuestra crítica de la forma del Libro bajo estas dos esenciales faces, á la naturaleza y concepto que de aquellas accesorias del Estilo exponen los retóricos, es decir, de ser el primero sólo «la colección de las voces y expresiones con que un autor enuncia sus pensamientos»; y el segundo «la conveniencia del estilo á la naturaleza del asunto,» ó sea el matiz ó grado diverso de fuerzas de las locuciones, en relación directa con la índole moral y material de la descripción del asunto y los afectos del alma del autor y de los personajes que hablan ó accionan.

Con respecto al *lenguaje*, sentimos que Coloma se encuentre fuera de la escasa y reducida falange de escritores puros, castizos por excelencia, pulcrísimos y blindados de todo reparo en sus inatacables

(1) «Un poco más hácia la Puerta del Sol, asomaban por los balcones del Veloz-Club, bajo sus toldillos de verano, aristocráticos racimos de cabezas de gomosos desocupados, que miraban el democrático desfile.....» (S. III, L. 1, T. I). Acopio de *o*.—«Esto era lo que esperaba la taimada Condosa; con su sonrisa de colegiala, apretaba á unos la mano en silencio.....» (S. VII, L. I, T. I).—Currita abrió la gran tapa delantera, cuyas visagras y cerrajas doradas dejaban ver, á través de sus artísticos calados..... (S. VII, L. I, T. I)—«Una mañana, la Carina Saharai no se asomó á su dorada celosía para mirar las azuladas montañas del Asia, y la puerta de su kiosco permaneció cerrada.» (S. III, L. II, T. I). Abundancia de *a* en estas tres últimas frases.—«El aspecto, la voz; el enérgico desprecio de aquel reto, sobrecogieron á Jacobo por un momento.» (S. VIII, L. II, T. I). Demasiadas *o*.—«Aun se oía á lo lejos, allá por la cuesta abajo, el estridente sonido de una corneta que resonaba entre aquellas altas montañas de una manera extraña, profana, como pudiera resonar una risotada en un templo, una chanza en una oración, el himno de una bacante, entre las solemnes pausadas notas de un canto gregoriano.....» (S. I, L. IV, T. I). «La numerosa concurrencia desfiló por delante de Currita, sin que levantase ella la cabeza, ni hiciera un movimiento, como si la vergüenza de su vida entera la tuviese allí sujeta, clavada ante las miradas curiosas, compasivas y aun burlonas de sus antiguas rivales.» (S. IX, L. IV, T. II). Gran acopio de *a*.—«Torbos los claros ojitos.» Una ó dos *o* en cada palabra y 6 entre sus 21 letras.

expresiones; entra, por el contrario, á engrosar las filas del batallon de escritores que, como dice Horacio, *quandoque dormitat*, si bien nos apresuramos á declarar que marcha á su vanguardia.

Creemos realmente, que, bajo cierto punto de vista del mismo lenguaje de que tratamos, el jesuita ha cometido verdaderas distracciones, que no es posible achacar á vacíos de instruccion ó á ignorancia, sino á que no le ha sobrado tiempo ó que no tiene costumbre de repasar varias veces su composicion para corregirla; consecuentemente se le han escapado faltas elementales. Tales son las de: hacer *nácar* femenino; echar del género comun á ciertas voces para estampar *rea*, *intriganta*; afemenizar el nombre propio de *Quijote*, creyendo que, como varios vocablos de su clase, se le puede impunemente aplicar á mujeres cambiando la última letra por *a*; y, en fin, consignar *emporcachado* por *emporcar*.—Repito que estas son equivocaciones sin significacion de gravedad.

Pero alguna, aunque no trascendental, tiene la numerosidad de los galicismos con que se tropieza en el curso del Libro.

Decimos que este no es un vicio de gran importancia, por la sencilla razon que es muy comun en los escritores españoles, aun entre los de mayor inteligencia é ilustracion. Decía el reputado Alcalá Galiano, maestro consumado en el arte de hablar y escribir: «En España no se escribe una página sin lo menos dos galicismos.» De esta misma opinion era Baralt, y por eso escribió su magnífico y utilísimo Diccionario de Galicismos, de uso constante entre nuestros letrados.

El origen de este abundante defecto de lenguaje, tan universal, se explica con suma facilidad. En nuestra patria los hombres de ciencia y letra estudian más en lengua francesa que en el idioma español, y esto sucede sobre todo entre los científicos, pues es indudable que obras didácticas de Ciencias Matemáticas, Físicas y Naturales hay muy pocas originarias españolas, mientras que en Francia existen y se publican constantemente Tratados profundos, completísimos, excelentes, en esta region del conocimiento y muy superiores á aquellos escasísimos nuestros. El resultado forzoso de esta general absorcion y repetida asimilacion de las producciones francesas de todas clases, es la instroduccion constante, desde antiguo, en la Lengua

castellana de las voces tan vistas y experimentadas del idioma extranjero, á pesar de ser éste mucho más pobre que el nuestro; es la gran influencia en el estilo general de todo escritor español, reflejada por el uso y aplicación de locuciones, españolas por su ortografía y articulación pero de sentido y origen afrancesados que las truecan en galicismos más ó menos puros y chocantes; y llega este dominio hasta el extremo de que las propias cláusulas y períodos presentan la construcción y melodía tras-pereneáticas.

No hay, pues, que culpar mucho al P. Coloma de haber incurrido en el defecto general de sus compatriotas-escritores; pero, desde luego, estimamos que no se halla *Pequeñeces* repleto de galicismos, y que estos no son tan repetidos y abundantes como para poder jamás calificar su lenguaje de afrancesado.

Ahora bien: en la Novela del jesuita hay algunas frases—aunque afortunadamente pocas y raras—que hubiéramos ardientemente deseado no verlas nunca y por las que hacemos voto sean proscritas por el autor desde la próxima nueva edición: son verdaderas manchas negras en la alfombra floreada, de colores vivos y lumínicos, del culto, fluido, poético, hermoso lenguaje de *Pequeñeces*. ¡Ah! ¿por qué este lenguaje no es en boca de todos los personajes del drama y bajo la pluma del mismo autor cuando narra y diserta solo, como el que emite la dulce vocecita de Currita y articula su ténue boquita? es decir, escogido, educado, elegante. Diógenes, el cínico aventurero, larga de cuando en cuando expresiones indecorosas y de pésimo gusto, que Coloma no ha tenido escrúpulo en reproducir literalmente (1). Además, podría haberse dispensado de mencionar indirectamente, hasta aun de aludir, á manifestaciones de tan discutida limpieza y de muy dudoso refinamiento de costumbres, en varias de las escenas que hace jugar á sus personajes en el transcurso del Libro; pues si bien el lenguaje crudo y obsceno no se encuentra literal ni expresamente transcri-

(1) Como, por ejemplo, la frase á la Marqueza de Lebrija en el baile dado á Currita en casa del Marqués de Bruton. (Final de la Sección IX del Libro I, Tomo I); y la dirigida á la Albornoz en su paleo del Real la noche de la representación de Dinorah, (S. I, L. III, T. II).

to sino tan solo con relacion á Diógenes, el autor lo dá embosadamente á entender de vez en cuando, en gracia á su propósito y afan de ser realista, querer retratar con demasiado colorido las palabras y ademanes de la gente ordinaria de su drama ó daguereotipar con harto naturalismo las manifestaciones de la vida íntima, exhibir á lo vivo esc *entre-bastidores* de la comedia humana.

Para nosotros, este lunar del lenguaje es el principal defecto de su estilo; el que presta más blanco á la Crítica severa y de gusto estético, siguiendo en esto las lecciones de los grandes maestros del arte que, desde Ciceron y Quintiliano, se declaran rigurosísimos en este sentido. Ellos son hasta exagerados; pues el primero quería que se evitase aún el encuentro de sílabas que, unidas, pudiesen suscitar ideas poco decentes; el segundo no permitía el eufonismo, y ni siquiera toleraba que la idea obscena llegase al entendimiento por ningun camino, sino que ponía el pudor bajo la salvaguardia del silencio, *Vericundiam, silencio vindicabo*.

*
* *

Terminemos esta Seccion con algunos párrafos sobre el *tono* de *Pequeñeces*.

Basta que repasemos algunos de los trozos de narraciones que en número no exiguo hemos reproducido en el decurso de este Estudio, y que nos fijemos en la idiosincracia del asunto que describen, ó en los afectos del alma que ponen de manifiesto, para que nos cercioremos, que el tono del estilo del jesuita marcha siempre paralelamente con la índole de los acontecimientos que quiere relatar y está siempre en armonía con la naturaleza de los cuadros, escenas, caracteres, ideas, sentimientos que quiere poner en palpable exhibicion y pretende hacer plásticos. ¿No es ligero, animado, brillante, el tono descriptivo de la pintura del Paseo de la Castellana, cubierto por sin número de trenes lujosos, que trasportan damas elegantísimas bajo sus mantillas y peinetas de teja á la apoteosis de la Condesa de Albornoz, en perfecta concordancia con la ligereza del movimiento de tantos coches y caballos, con la brillantez de los arneses y libreas, y con

la general animacion del confuso desfile y tropel de aquel Paseo? Es tambien alegre y festivo el tono del relato del baile de trajes en el Palacio de Villamelon, y del episodio, de extraordinaria *vis* cómica, del hundimiento del alfiler en uno de los apéndices postizos del Tio Frasquito; ¿qué hay más alegre que un baile, y qué más festivo que este chistosísimo incidente? ¿No es grave, agitado, trágico, el tono de la exposicion del estado de ánimo de Jacobo, cuando aquella mañana en su casa acaba de convencerse de que el contenido de la carta que ha recibido es el mismo sello verde masónico que arrancó del cartapacio del Rey de Italia; en harmonía con la gravedad de su situacion, la agitacion de su espíritu y los trágicos presentimientos que le asaltan al mirar el porvenir? ¿Y qué tono más breve, sombrío y sublime, que aquellos pocos párrafos en que lacónicamente se dibuja la rapidísima escena del desafío de Velarde, su inmediata muerte por la bala del adversario, la oscuridad que inunda su alma en el dintel de su existencia terrestre, y la sublimidad de su vision de la eternidad y de su comparecencia ante el Juez Supremo de todos los pensamientos y acciones de su vida?

Para terminar. Que Ccloma dedique más amplio tiempo á pulir y limar su prosa; que, escrita toda su composicion, la repase, la corrija investigue y medite lo que para ello sería más gramatical, retórico, castizo, poetico, bello; y con esto reemplace todo aquello que resulte defectuoso ó mediano, hasta que su obra alcance el mayor grado posible de perfeccionamiento á juicio de su ingenio elevado y culto.—
Scepe stylum vertas (1);

«Vingt fois sur le metier remettez votre ouvrage;
Polissez-le sans cesse, et le repolissez;
Corrigez toujours, et souvent effacer.» (2)

(1) Horacio.

(2) Boileau.—*Art Poétique*.

¡Cuánto, cuánto no hubiera transformado y perfeccionado á *Pequeñeces* el dorado y brillo de semejante toque, de tal pulimento! Hubiera Coloma conseguido, que al citarse su Novela en toda futura Historia de la Literatura Española, se le otorgara frases de fé y entusiasmo, análogas á aquellas (1), cortas pero expresivas, con las que él mismo señala en su Libro la obra maestra de orfebrería de Arfe, y afirma, en aprecio de su valor y mérito, de que era una *Maravilla artística*.

IV.

Nos hemos esforzado de cumplir y ejecutar con exactitud, orden y método el programa que al principio nos trazamos, y que consignamos al final de nuestra Introduccion. Al comenzar y emprender estas modestas *Observaciones*, nunca nos figuramos que podrían alcanzar tanta extension. Desde el origen, dudamos de nuestras fuerzas intelectuales para poder llevar á término feliz nuestro propósito de una crítica genuinamente literaria, á la que no estamos acostumbrados, y cuyo género no habíamos todavía ensayado sobre una produccion de trascendencia y en forma amplia y concienzuda; llegados al final, estamos sorprendidos de nuestro atrevimiento y osada excursion.

Hemos sido en todo el curso de este Estudio en absoluto imparciales y sinceros. Hemos atacado duramente, censurado con acerbidad varios de los puntos y faces de *Pequeñeces*; pero lo hemos hecho sin saña ni prejuicios, sin salir jamás del terreno impersonal, único que la Critica puede recorrer y donde solamente le es permitido desenvolverse; esperamos que la más mínima ofensa no haya brotado de nuestra pluma. En término general, no hemos escatimado los más encumbrados elogios, ni dejado de tributar los más excelsos encomios á la mayoría de los lugares y secciones de la Novela.

De ninguna manera quisieramos, que ni aúu remotamente se pudiese atribuir estas grandes alabanzas á la razon de que profesamos

(1) S. IV. S. III. T. II.

la Fé católica, al motivo del arraigo de nuestras creencias religiosas, por causa de que el autor es un sacerdote y, todavía más, un jesuita. Desde luego, tenemos simpatía y veneración, concebimos admiración por la Institución de Loyola, originariamente española y que, por sus obras y virtudes, la Historia Universal, verdadera é imparcial, desde el siglo xvi de su fundación proclama Gloria del mundo y Benefactora de la humanidad; pero no confundimos jamás—lo que sucede, por desgracia, con harta frecuencia—esa Institución con los hombres que comprende; aquella puede ser excelente, y algunos de éstos no siempre reunir todas las condiciones morales que la misma requiere. Por ello, para nada ha pesado en la balanza de nuestros juicios en esta Crítica el ser Coloma eclesiástico y pertenecer á esta Orden; y por hende nos hemos despreocupado en absoluto de nuestra fé religiosa, hemos prescindido por completo de nuestro alto concepto por la Compañía de Jesús, al ensalzar la Novela y al prestarle todo el homenaje de nuestra viva estimación, de nuestra más grande consideración.

Pero todavía nos falta reasumir y concretar nuestro íntegro juicio filosófico-social-literario sobre *Pequeñeces* tal como ha sido escrito y publicado, á fin de no dejar tras nosotros la menor nube que pueda sombrear nuestro pensamiento en este Estudio, y dejar perfectamente claras y precisas nuestras ideas sobre este Libro. Antes—á pesar de que estamos seguros haber hablado ya demasiado de nosotros mismos en el exordio y en este epílogo,—quisiéramos reproducir aquí la doctrina que profesamos con relación al valor y mérito sobresalientes de los hombres en general, en los mismos textuales términos que al expresamos en la Introducción de nuestra obra *ALBEAR*. «Apartado de las escuelas de frecuentes éxtasis de admiración y extraño á las sociedades de elogios mútuos, soy y seré siempre enemigo de las apreciaciones indebidas, de los encomios inmerecidos, de los panegíricos infundados. He sido siempre muy severo en mis juicios, muy reservado en mi entusiasmo y parco en mis alabanzas; porque estimo que es raro y difícil llegar á la altura donde se alcanza la reputación y la gloria; porque creo que son pocos, muy pocos, los hombres cuyos trabajos, inteligencias y procederes sean tan extraordinarios y levantan-

tados que los hagan real y justamente acreedores á la profunda gratitud de sus conciudadanos, á las públicas manifestaciones de entusiasmo y admiracion de sus contemporáneos, al solemne homenaje de respeto y aprecio de su patria.»

Ahora bien: hemos dicho hácia el final de la Seccion I que, en nuestra opinion, el origen principal, la razon primera, de lo muchísimo que ha gustado, del gran encanto é intenso interés que ha producido *Pequeñeces*, del éxito loco y colosal que ha tenido, del ruido tremendo que ha hecho y de la profunda y vasta perturbacion que ha ocasionado, estribaba en su valor y mérito artísticos. Por consiguiente, estimamos, que siendo este la causa y el promovedor de todos aquellos potentes y universales fenómenos, debe ser considerable é inmenso aquel valor, extraordinario y grandioso este mérito.

Idéntica conclusión resulta explícitamente de la atenta observancia y minucioso análisis que hemos verificado tanto del cuerpo total extrínseco del Libro como de sus lugares y partes substanciales y formales, bajo el triple prisma social, filosófico y literario.

En efecto, de este Estudio ha resultado, en síntesis y resúmen, gran acopio de verdades, cualidades y bellezas, y escasísimos errores, defectos y fealdades; el número de los primeros sobresalen con excel-situd; los segundos quedan por él vencidos y anonadados. Los lunares descubiertos y señalados sobre la brillante y suave tez de *Pequeñeces*, son demasiado pocos y pequeños para hacerla escabrosa, des-lustrarla y obscurecerla. ¿Qué importa que en espacio intensamente iluminado por focos poderosos, proyecten reducidas sombras exiguos objetos?; éstas, aunque se reparen y señalen, no perjudicarán ni atentarán en lo más mínimo al alumbramiento general, y hasta quedarán sumamente debilitadas por los resplandores circunvecinos. Los errores, defectos y fealdades de *Pequeñeces* notados y puestos de relieve, no pueden, por consiguiente, reducir el valor inmenso que acabamos de otorgarle, aminorar el mérito grandioso que, en armonía con el estrépito que fomentó en la opinion pública, le hemos adjudicado.

En el delineamiento y pintura de los caractéres, en el relato de los diálogos y en la narracion de las escenas y episodios, así como en la exposicion de mil detalles de la vida íntima ó visible del mundo

social y de sus costumbres y etiquetas públicas ó privadas, el P. Coloma demuestra un gran conocimiento de este mundo, una buena experiencia de observacion de sus particularidades y una excelente práctica de sus procedimientos; dotes que no se adquieren por la enseñanza y lectura, sino por la vista y el trato personalísimos.

En el género satírico-novelesco, no creemos que en España se haya publicado ningun libro que reúna un conjunto de condiciones tan primorosas y cualidades tan excelentes como las que presenta y encierra la obra del P. Coloma, así en la índole de su asunto y desarrollo de su trama, como en sus caractéres, cuadros, escenas y episodios, como en su estilo, lenguaje y tono. Entiéndase, desde luego, que hacemos excepcion absoluta del *Quijote*, la obra maestra del espíritu humano en la Novela de todos los tiempos y de todos los países. Pero despues y fuera de esta produccion, ¿no son contadas y en número mínimo las novelas, cualquiera que sea su género, asunto ú objeto, que puedan colocarse al lado del Libro del P. Coloma y equiparsele? En lo que respeta á la sátira social, afirmamos que ninguna.—Muerta, por decirlo así, la Novela en nuestra patria desde el *Amadis*, la *Celestina*, el *Lazarillo* y la obra de Cervantes, ha en absoluto resucitado, exhuberante y potente, en la segunda mitad de nuestro siglo en las personas de Fernan Caballero, Valera, Alarcon y Perez Galdós—para no citar sino á sus más insignes iniciadores. Pero con Coloma recibe este renacimiento un eléctrico impulso, que de un vuelo y en un instante lo lleva á las superiores regiones de las nieves eternas de la Literatura-novelesca, si bien todavía no ha alcanzado sus cimas extremas.

Esta Literatura, así como las letras españolas en general, deben felicitarse por el advenimiento de un fuerte y fecundo ingenio más, que honor y lustre les departe. «El ha empezado por donde muy pocos concluyen» (1)

Siga Coloma cultivando el género de su *début*, aguce su entendimiento, continúe ejercitándose en la psicología de las ideas, en el

(1) Frase de Cánovas del Castillo á Menendez Pelayo, cuando la publicacion de una de las primeras y más importantes obras de éste.

análisis de los sentimientos y en la observacion de la vida y costumbres del mundo social, illustre su espíritu, trabaje y perfeccione su estilo; y seguramente llegará á crear y poner á la Novela las alas poderosas del águila, que la hará tender su vuelo á la cúspide de sus alturas.

En *Pequeñeces* él ha rendido culto á la Verdad, al Bien y á la Belleza, tres dioses infinitos y eternos; se ha inspirado en el Arte, único é inmutable; ha prestado homenaje á las reglas generales del Estilo, firmes y universales. Por tanto, la Fama llevará su Libro á los ámbitos del mundo y lo presentará á la contemplacion de las generaciones venideras.

CARLOS DE PEDROSO.

Santa Clara, Diciembre de 1891.



SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA.

LA POBLACION DE LA CIUDAD.

San Francisco ofrecía el aspecto del campo al rededor de Babel. Todas las lenguas se mezclaban allí en un confuso clamor. Ingleses, franceses, americanos, caraques, chinos, mejicanos, peruanos, chilenos, indios, hombres del Norte y del Sur, blancos, negros y cobrizos, todos con el espíritu dirigido hácia el mismo objeto, febriscitados por los mismos deseos y por la misma pasion, se confundian en una indescriptible barahunda. Los trajes más raros, los vestidos más extravagantes, daban á este campamento el aspecto de un vasto campo de feria. Pero lo que llamaba sobre todo la atencion era, de una parte, la ausencia casi completa de mujeres, y de otra, el aspecto resuelto y el continente viril de esos emigrantes. Pocos hombres maduros, ningun viejo; jóvenes robustos y vigorosos, curtidos, ennegrecidos por el aire constante y los cierzos del Osceano. Todos, para llegar allí, habían atravesado aquellos tristes y duros momentos en que el hombre dice *¡adios!* á todo lo que ama, en que, por el rudo esfuerzo de su voluntad rompe los lazos que le unen á su patria y á los suyos, y ello, para la mayor parte, sin posibilidad de regreso ó de socorros, sabiendo que les era preciso triunfar ó sucumbir solos, y que iban á poner miles de leguas entre ellos y aquellos cuyo recuerdo les seguía, pero

en quienes haría la distancia impotentes todos los afectos para venir en su ayuda, á la hora de la prueba ó de la crisis suprema....

Esos, esos eran los aventureros; eso era tambien la mayoría. Un capricho, la curiosidad de lo desconocido, la sed de una vida aventurera, una pena de amor, una situacion comprometida, los habian conducido á aquella playa lejana y lanzado en aquel vasto crisol en que iban á fundirse, purificarse ó perderse existencias extraviadas, pasiones heróicas ó culpables, voluntades enérgicas, fuerzas sin empleo, y de donde debian salir un imperio naciente, una ciudad extraña, nacida ayer, y ya una de las más importantes del mundo, por su movimiento comercial, la primera y la más sorprendente por su vertiginosa prosperidad, por su historia y por su fortuna.

Hijos perdidos de la civilizacion, iban á empezar la lucha con la naturaleza. Sus brazos debían revolver por completo el suelo, encarnizados en la busca del oro. Con el pico en una mano y la carabina en la otra, iban á echar abajo las montañas en los valles, á desviar el curso de los rios, á franquear las corrientes y los desiertos, á prodigar á todos los vientos del cielo y á todos los azares de los acontecimientos de su juventud y sus fuerzas, á perecer quizás miserablemente de hambre y de frio en alguna cañada oscura ó en los bosques bajo el apretón de algun oso, ó en alguna sala de juego de Virginia City ó de Wasboe, con la cabeza agujereada por la bala de un revolver americano ó el pecho atravesado por cualquier cuchillo mejicano.... Muy corto es el número de los que han sobrevivido y para quienes la fortuna ha realizado sus ensueños. Muchos han sucumbido á las fatigas, á las pruebas, al vicio, á la miseria, soldados obligados de una gran batalla que ha modificado la faz del mundo modificando las condiciones económicas y financieras de todo nuestra vida social.

Detrás de aquella vanguardia aparecía otra categoría de emigrantes, espíritus más metódicos y más calculadores. Seguian éstos la misma corriente, obedecian al mismo impulso; pero su energía, fria y mejor contenida, iba al fin por otros medios. Pretendian escoger el terreno de la lucha para conquistar la fortuna. El nombre prestigioso de las minas no los deslumbraba. Veían mejor, y más lejos. San Francisco los sujetaba y retenía. Ellos, los primeros, se dieron cuenta de

que viniera de donde viniese, el oro de los placeres afluiría allí; de que en aquella ensenada arenosa se levantaría, bien pronto, una ciudad importante; de que allí, y solamente allí, podrían todas las flotas del mundo abordar y encontrar puesto; de que el oro no bastaba, que era preciso al minero todo lo que podía asegurar su existencia; que había más utilidad y ganancia en cambiar con él por su oro, que en arrancar éste uno mismo de las entrañas de la tierra. Ellos fueron los primeros en prever y en preparar el porvenir, en dar al suelo un valor, en construir almacenes y casas, en crear tiendas, en improvisar restaurants y hoteles, en echar en fin, las bases de una organización comunal.

A este rincón perdido del globo, donde todas las nacionalidades parecían haberse dado cita, cada una de ellas llevaba, con su genio particular, sus tendencias y sus gustos, sus vicios y sus virtudes. En este suelo, vírgen de toda civilización, como de toda cultura, donde no existían, todavía, ni gobierno, ni leyes, ni policía, ni impuestos, ni restricciones sociales, cada cual gozaba de una libertad ilimitada y daba libre vuelo á su espíritu aventurero. La revolución de 1848, que había quebrantado tan bruscamente á la Francia y á toda Europa, había también trastornado tantas situaciones, destruido tantas fortunas y provocado un éxodo, no solo entre las clases obreras sin trabajo, sino aun entre las clases medias, fuertemente probadas. La emigración europea no se componía, pues, exclusivamente de descarriados de obreros. La distancia que había que franquear y el precio elevado del pasaje eran para estos últimos un serio obstáculo. La lotería de los lingotes de oro, patrocinada por el gobierno francés, facilitó en 1849 la salida para California de un cierto número de exaltados de las clases inferiores; pero este número fué forzosamente, muy limitado, y la emigración francesa, considerable al principio, por consecuencia de las circunstancias políticas que acabamos de recordar, se reclutó, sobre todo, entre los jóvenes de la clase media, cuyas condiciones de existencia había modificado la revolución, despertando su espíritu aventurero y lanzándola fuera de los senderos trillados. Negociantes medio arruinados, dependientes y empleados despedidos, ó sin ocupación y funcionarios desgraciados, formaban el resto. Un

pequeño número de entre ellos disponía de un capital; la mayor parte desembarcaban con recursos muy limitados.

La inmigración alemana se componía de los mismos elementos: Bremen, Hamburgo, Lubeck y Franckfort habían suministrado un contingente considerable. El alemán se expatría voluntariamente en tiempo ordinario: la crisis política y comercial que sufría la Europa había acrecido considerablemente el éxodo. La Gran Bretaña, siempre en primer puesto cuando se trata de abrir nuevas salidas, estaba representada por sus mercaderes y sus sobrecargos, que disponían de capitales importantes; por sus escoceses, de fría inteligencia y de tenaz voluntad, endurecidos por su rudo clima; y por sus irlandeses, fanáticos y ruidosos, raza emigrante entre todas, pronta á adaptarse á todas las condiciones del medio, inteligente y fina, bajo sus descuidadas apariencias. De Italia,—de Génova sobre todo—había venido toda una población de marineros, que, apenas desembarcados, encontraban de seguida donde ganarse la vida como pescadores. Méjico, Perú y Chile, más inmediatos, habían decuplicado el elemento español, dueño, recientemente aún, del país, hostil á los *gringos*, como ellos llamaban á los americanos vencedores de su raza y conquistadores de su territorio. Expertos en los trabajos de las minas y en la crianza del ganado, intrépidos ginetes y jugadores fanáticos, se habían esparcido, sobre todo, en el interior de las tierras, *prospectando*, ganando en los placeres y perdiendo en el juego sus fortunas, siempre dispuestos á querellarse ó á vengarse de sus enemigos á cuchilladas.

La inmigración china comenzaba, obsequiosa, acantonándose en los pequeños oficios, en las faenas ínfimas de que nadie se cuidaba, tratada con desdén, humillándose bajo el insulto, *achicando su corazón*, según los preceptos de sus sabios. En las minas, estos asiáticos se hacían humildes y dóciles, ocupando los placeres abandonados ó agotados, registrando de nuevo los lechos de las corrientes trabajadas antes que ellos, los barrancos rebuscados donde ya el blanco no encontraba bastante que recoger, industriosos y sobrios, alimentándose con poco, sosteniéndose con ratas, coyotes y raices, guardando peso sobre peso, taciturnos siempre y ocultando cuidadosamente lo que poseían.

Excelentes cultivadores, desmontaban aquí y allá, en la vecindad de los campos, en las orillas de las ciudades nacientes, un retazo de tierra, que sembraban de legumbres, ó bien se hacían lavaderos, limpia-botas, remendones. Todo era bueno para ellos, y por poco que ganasen lo guardaban. Se les aborrecía y se les maltrataba; interiormente ellos devolvían odio por odio, sin descubrir nada. Conocían demasiado bien el precio de la paciencia y las ventajas de la humildad. Por vez primera muchos de ellos se encontraron en contacto con esa raza blanca cuya fuerza reconocían, pero cuyas costumbres menospreciaban, como sus hábitos y sus leyes, tan diversos de los de ellos, cuyos orígenes se perdían en la noche de los tiempos; raza para ellos de advenedizos sin tradiciones, sin ritos sin gobierno estable, incapaz, según ellos, de cimentar sobre bases sólidas, un sistema filosófico, religioso ó político, comparables á los suyos, que desafiaban los siglos. . . . Lentamente, como una mancha de aceite, se extendían; aumentaban en número. *Chinatown, la ciudad china*, asentaba en el corazón mismo de San Francisco, todavía en el estado de embrion, sus sólidos cimientos, amenaza formidable para el porvenir.

La Oceanía estaba representada por los canaques de las islas Sandwich, excelentes marinos, gentes sencillas y buenas, rudos trabajadores en sus días, perezosos é indolentes en la prosperidad, que no volvían á tomar la azada sino cuando el último peso suyo hubiese pasado á manos del *storekeeper* que les proveía. Después, los negros, prófugos ó libertos, de las plantaciones del Sur, mulatos de Cuba, indios de Calcuta; y en fin, los verdaderos dueños del país, por la conquista y por los tratados, los americanos del Este, del Sur y del Norte de New York y de Boston, de Nueva Orleans y de San Luís, del Missouri y del Ohio, agricultores y obreros, mineros y políticos, hombres de ciencia y desocupados, doctores y vividores, abogados y periodistas, salidos de las haciendas y de los mostradores, de las casas de banca y de las casas de juego, de los campos y de las ciudades, arrastrados por la gran corriente que los lanzaba hácia el Oeste.

A últimos de Enero de 1849, de solo el puerto de New York se habían hecho á la vela, para San Francisco, noventa buques, conduciendo 8.000 emigrantes. Otros setenta se preparaban á levar el an-

cla. «Nunca, escribía el Dr. Stillman, se ha visto nada semejante. No hay aquí familia que no cuente uno ó varios emigrantes. En todas las ciudades se organizan compañías mineras y comerciales: los que no parten, se suscriben. Los editores de periódicos publican artículos tras artículos, para disuadir á los jóvenes de emigrar: los comprometen á contentarse con una ganancia modesta cerca de sus familias; les recuerdan que las únicas fortunas sólidas son las que se adquieren lentamente, por el órden y la economía: despues, al dia siguiente, lanzan su pluma, venden su periódico, realizando todo lo que pueden, importunan á las compañías de navegacion, para obtener, en su calidad de periodistas, pasaje gratuito, y parten. Los ministros del Evangelio, nuevos casandros, hacen retumbar las iglesias con sus anatemas contra la sed de oro: despues se embarcan, como misioneros, para California. Los médicos venden sus caballos, envían á sus mujeres sus cuentas por cobrar, se proveen de carabinas, pólvora y balas, y se ponen en marcha para la *tierra del oro*. Las tiendas se vacían, las casas de banca se despueblan; todos parten, entonando el canto de los placeres *¡O Susanna!*, cancion compuesta por Jonathan Nichols, que resuena en nuestras calles, en nuestros paseos públicos, en nuestros teatros, en nuestros conciertos, y hasta en nuestros salones.»

En los nueve meses últimos de 1849 entraron en el puerto de San Francisco quinientos cuarenta y nueve buques de vela, conduciendo 35.000 pasajeros y 3,000 marineros, que desertaron todos. Había ya en aquella rada doscientos navíos abandonados por sus tripulaciones y sus oficiales: se deshicieron sus cascos: con las planchas se hicieron chozas, y con el resto madera para quemar. En el mismo intervalo de tiempo 42,000 emigrantes llegaron por tierra. En diez y ocho meses, la cifra de la poblacion de California se encontró elevada, súbitamente, de 1,500 á más de 100,000 habitantes.

Que se figure esta poblacion calenturienta, afluyendo á San Francisco, donde cada día un nuevo arribo viene á lanzar sobre la playa centenares de emigrantes, en lucha con todas las dificultades materiales, sin disciplina, lo propio que sin cohesion; que se imagine á cada uno de los miembros que la componen obligado á proveer á todas sus

necesidades, á improvisarlo todo, á preverlo todo; y se tendrá una idea del extraño caos que reinaba entonces y de todo lo que comporta un estado social normal. Nada análogo se había visto todavía. Por rápidos que hubiesen sido el nacimiento y desarrollo de ciertas grandes ciudades, en los Estados Unidos, todo se había hecho en ellas sistemática y regularmente: el suelo tenía propietarios que lo vendían á los compradores, los cuales, á su vez, se procuraban en New York y Boston, los materiales de construcción y los obreros, para ponerlos en obra. Grandes vías de comunicación facilitaban los transportes; se apoyaban sobre centros comerciales, grandemente provistos de todo, aún para hacer frente á todos los pedidos y sobre las inmensas haciendas del Oeste, graneros siempre llenos. Aquí no sucedía lo mismo. Excepto el oro, el país no producía nada. Era preciso traer la harina de Chile, á mil leguas de distancia; las salazones, de New York y Cincinnati, con siete meses de travesía; el jabón, el aceite y las velas, de los puertos del Mediterráneo. Los montes abundaban; pero la madera aserrada faltaba, y se pedía á las sierras de Oregon y de Vanconver. De allí, las fluctuaciones en los precios, que desconcertaban todos los cálculos, los arribos inesperados hacían suceder la abundancia á la escasez, y luego las demoras provocaban alzas fantásticas.

En las minas, el oro no disminuía. «Se encuentran en los placeres, escribía entonces Mr. Jarquin, antiguo consul de los Estados Unidos, multitud de hombres que en el mes de Junio no tenían 100 pesos y que poseen hoy de 15, á 20 mil ganados recogiendo el oro, y traficando con él, con los mineros. Los hay que han realizado aún mucho más. Cien pesos por día se estima el resultado medio del trabajo normal; pero pocos mineros pueden trabajar más de un mes seguido, á causa de las fatigas y privaciones que sufren.»

La vida era ruda, en efecto; y los gastos enormes. Agrupados en campos, á fin de poder resistir mejor las agresiones de los indios, los mineros vivían bajo tiendas asociados, lo más frecuentemente, dos ó tres juntos, dividiéndose el trabajo, encargándose cada uno, según turno, de la cocina. Una marmita, una sartén, para freír; una cafetera y unas parrillas, por todos utensilios de menaje; por lecho, hojas

secas ó paja; por todo lujo carabinas y revolvers, cuidadosamente conservados y siempre en buen estado de servicio. En el centro del campo, formado por la aglomeracion de las tiendas, una más vasta, la del *storekeeper* ó almacenista. Su surtido se componía de sacos de harina, barriles de carne de puerco salada, melaza y mascabado, té y café, velas y jabon; además, palas, azadas, picos, platos de estaño, pólvora y balas, camisas de franela roja, botas fuertes, vestidos ordinarios, y en fin, y sobre todo, ginebra y whiskey. Sobre el mostrador una balanza para el polvo de oro. Todavía no existian ni el oro ni la plata amonedada. Todavía las transacciones se hacían al contado. El minero sacaba de su faltriquera de piel de gamuza, por pellizcos de polvo, ó en pepitas, el precio de sus compras. El oro circulaba primero á 12, despues á 14 pesos la onza. El almacenista lo vendía á 16 pesos en San Francisco. Algunos mineros, conocidos por su sobriedad y por su honradez, gozaban en estos almacenes de un poco de crédito que les permitía atravesar sin morir de hambre los momentos de penuria; pero eran esos raras excepciones.

De un dia al siguiente, segun la facilidad ó la dificultad de los transportes, los precios variaban en proporciones increíbles. Se pagaban hasta 20 pesos por una botella de ginebra de 80 céntimos de franco (16 centavos), 100 pesos por medio barril de harina, y así lo demás. Desde el lunes por la mañana hasta el mediodía del sábado, los mineros trabajaban con encarnizamiento. El sábado se vaciaban los *sluices*, especie de gabetas de madera donde se guardaba el oro lavado: se pesaban y se repartian el producto de la semana, se limpiaba la tienda, se lavaba la ropa sucia, y, llegada la tarde, se reunían en casa del almacenista ó tendero. Despues de seis dias de dura labor y de abstinencia, de desayunos y de comidas compuestas, segun la costumbre mejicana, de *tortillas* (fritura de harina) y de *guisado* (plato compuesto de carne de puerco), sin otra bebida que el agua, bastaban algunos vasos de whiskey para encender sed inextinguible, para desatar las lenguas y calentar las cabezas. Las relaciones fantásticas, el mentís, la querella, la riña, seguían su marcha. Los más sóbrios se retiraban entoncea: los demás arreglaban sus diferencias á puñetazos, algunas veces á tiros y á cuchilladas. Despues, el domin-

go, se dormía la borrachera de la víspera: rara vez se prolongaba. Se respetaba el día del Señor: las tradiciones de la infancia y las enseñanzas maternas sobrevivían en la mayor parte de los mineros, que, con sus manos callosas y sus dedos raidos por el trabajo de la semana, consagraban una parte del santo día á escribir á los viejos parientes, dejados allá lejos, ó á la prometida, que esperaba, y de la cual no hablaban nunca, pero en la cual siempre pensaban.»

El 28 de Febrero de 1849, el primer buque de vapor que tocó en aquellas playas, el *Californian*, entró en el puerto de San Francisco cargado de emigrantes. Inauguraba la vía nueva por el istmo de Panamá, y su llegada fué acogida con demostraciones de regocijo público. Era la primera organizacion de un postal regular, que uniese á California con el resto del mundo. San Francisco parecía entonces el campamento de un ejército, Las colinas que le rodean, Russian Hill, Telegraph Hill, North Beach y la playa estaban cubiertas de millares de tiendas. Los buques anclaban á media milla de la orilla: el desembarque y la descarga se operaban con la ayuda de canoas y chalanas que venian á vararse en una ensenada, que se alargaba en lo que hoy es la calle Montgomery, y que formaba, al bajar la marea, un pantano fangoso. Todavía no había muelles, ni calles trazadas. Dos ó tres casas viejas, de adobes, servian de aduana y de casa consistorial. La primera tentativa de construccion fué la de Parker-House, edificado con restos de barcos y con ladrillos secados al sol. El propietario tuvo gran trabajo en reclutar obreros, á 20 y 30 pesos por día: así ese *cobertizo*, porque no era otra cosa, le costó \$30,000. Es cierto que apenas quedó terminado, se alquiló en \$15,000 pesos al mes, para casa de juego.

El juego reinaba sin freno en la ciudad. Era la única distraccion de una poblacion flotante, sin ningun lugar de reunion, viviendo bajo tiendas, que no sabía dónde pasar sus noches, ni cómo emplear sus horas de recreo. De la mañana á la noche, y de la noche á la mañana, se jugaba, sin interrupcion, perdiéndose ó ganándose sumas enormes. Los mineros llegados del interior para renovar sus provisiones, arriesgaban sobre el tapete todo lo que les quedaba de polvo de oro. Era en las casas de juego donde se daba cita todo el mundo; donde los

negociantes discutian y concluian sus negocios; donde se efectuaban las compras y ventas de terrenos, en medio del humo de los tabacos y de las pipas, del murmullo de las aves, de las imprecaciones de los jugadores desbancados, de los altercados y de las riñas. Difícilmente se podría hoy nadie figurar, sin haberlos visto, aquellos infiernos de la vida californiana, aquellos *croupiers* armados hasta los dientes, aquellos revolvers colocados sobre las mesas, bien al alcance de la mano, al lado de los sacos de pepitas de oro de los jugadores, aquella mescolanza indescriptible de los vestidos más desemejantes: mejicanos de chaquetas cortas con botones de plata, cubiertos de grandes sombreros de presillas de oro, haciendo rechinar sobre el entarimado mal cepillado sus pesadas espuelas de sonoro retintín: mineros de pelo largo, con camisas de franela roja, y grandes pantalones flotantes, embutidos en unas botas enormes, que les llegaban hasta los muslos: *gentlemen* correctos, desembarcados la víspera; chinos, de largas colas y túnicas de seda, circulando sin ruido, con sus babuchas de fieltro. Los sacos de piel de gamuza se alineaban sobre las mesas y cambiaban de manos, calculándose al peso su valor. Delante de los banqueros otros sacos, despanzurrados, cuyo contenido—pepitas y polvo de oro—se recogía en paletas, para pagar su puesta á cada ganancioso. Los *croupiers* se relevaban cada dos horas. El propietario del establecimiento tomaba, además, á sueldo, dos ó tres robustos mocetones, expertos en el arte de derribar de un puñetazo, sin dañarlo demasiado, á un minero borracho ó un jugador recalcitrante, y de enviarlo á dormir afuera su borrachera y su rencor.

En frente de Parker-House se levantaba *El Dorado*, casa de juego tambien, y frecuentada, más particularmente por los americanos; más lejos *La Polka*, lugar de cita de los franceses, de los italianos y de los alemanes. Estas diversas construcciones limitaban la Plaza, centro de la ciudad, gran espacio descubierto que participaba de plaza pública y de cuadra. Dia y noche, centenares de caballos y de mulas atados por el cabestro, á estacas de hierro, campeaban al aire libre, mientras sus dueños se demoraban en el juego. Era allí donde los mineros acababan sus cargamentos: sobre las albardas colocaban los sacos de harina, cajas, útiles y vestidos destinados al interior; las

grandes mulas mejicanas, ricamente enjaezadas y los pesados wago- nes de San José y de Santa Clara, tirados por bueyes, llenaban la plaza. Despues de las grandes lluvias, el acceso á ella se hacía difícil. Los senderos que allí terminaban se metamorfoseaban en rios de lodo, en que los peatones imprudentes se enterraban hasta la cintura. En la misma calle Montgomery, hoy arteria principal de la ciudad, el piso era tal, que en Febrero de 1849 dos caballos se sepultaron sin que se les pudiera sacar de allí, donde murieron. Y tres individuos, algunos dias más tarde, perecieron en el mismo lugar.

De organizacion municipal aún no había idea: así, los bandidos expulsados de las minas afluían, todos, á San Francisco. Pronto se concertaron, y se asistió al espectáculo singular de una organizacion de malhechores, operando al mediodía, y teniendo su presidente y su vice-presidente elegidos, con su cuartel general en un local, bautiza- do por ellos con el nombre de *Tammany Hall*, efectuando una para- da en la ciudad, con una música al frente y con banderas desplega- das, designándose á sí propios con el nombre de *Hounds*, sabuesos, y debutando un domingo con el saqueo y destruccion de un barrio en- tero, habitado por los chilenos. Halagados por el éxito de esta pri- mera y lucrativa expedicion, prepararon otras, y despues de varias repeticiones, atacaron las tiendas mejor surtidas, desbalijando, desca- radamente, los almacenes en que podian encontrar licores espirituo- sos. A falta de toda policia y de toda autoridad, algunos hombres resueltos emprendieron la resistencia. El 16 de Julio convocaron á la poblacion á un *meeting de indignation*, no dando cuartel á los jefes de los *Hounds*, que fueron juzgados acto continuo y condenados á diez años de prision, dándose tres dias de término á los otros para ausentarse. La mayor parte, en efecto, dejó á San Francisco, al mé- nos por algun tiempo.

De esta mezcla confusa de hechos, de este caos de nacionalidades diversas, se desprendian, sin embargo, algunos síntomas que no esca- paban á ojos penetrantes. Había inclinacion á creer en el porvenir de San Francisco, en su grandeza futura. Era en verdad, allí, sobre aquella lengua de tierra, extrangulada entre la bahía y los cerros de arena, donde debía elevarse la Metrópoli del Pacífico. Se empezaba á

buscar las parcelas de terreno, á pesar de la incertidumbre que pesaba sobre el valor legal de los títulos de propiedad. La mayor parte de los detentadores no poseían, en efecto, sino en virtud de concesiones mejicanas, mal definidas y mal documentadas. Un gobernador cualquiera, de su propia autoridad, había concedido terrenos determinados, dentro de cierto radio, siendo de cargo del concesionario de aquellos el cercar su propiedad. Lo más frecuente era que este último no hubiese hecho nada. Sobre este pródigo vagamente designado habían levantado sus tiendas los primeros emigrantes: para separarse de sus vecinos habían hecho, bien un foso, bien un cercado rudimentario; despues, partiendo para las minas, habían cedido este abrigo provisional á otros, que se consideraban como propietarios legítimos de él, y recibían, revolver en mano al propietario primitivo ó á aquel á quien éste hubiese transferido sus derechos. Al principio, los concesionarios, no dando ningun valor á los terrenos obtenidos de la liberalidad de los gobernadores, habían, además, descuidado el registrar sus títulos en México, para evitar el pago de los derechos del fisco.

C. DE VARIGNY.

(Continuará.)



BOSQUEJO BIOGRAFICO.

Benigno Gener nació en Matánzas el día 8 de Julio del año 1819 y permaneció en aquella ciudad hasta que en 1826 fué en compañía de su distinguida madre á reunirse en New-York con su padre, el insigne D. Tomás, refugiado allí desde 1823 á consecuencia de sangui-naria persecucion en España por haber sido él presidente y enérgico parlamentario, como diputado por Matanzas, de las Córtes aquel año contra la aptitud de Fernando VII para reinar. Reunido el hijo con su padre púsole éste en el colegio que los hermanos Louis y Jacinto Peugnet acababan de abrir en New-York bajo los auspicios de distinguidos ciudadanos de los Estados Unidos á vista de sus méritos como sobresalientes alumnos de la Escuela Politécnica de París, y hábiles oficiales de infantería el primero y artillería el segundo en el ejército que al mando de Napoleon estremeció la Europa al evidenciar lo quimérico de los reyes y demostrar que solamente los pueblos son soberanos.

Nada más que siete años tenía Benigno á su entrada en aquel colegio, donde despues de haber estudiado los ramos de primera y segunda enseñanza, estudió tambien con entero aprovechamiento Filosofía y matemáticas; aprendió dibujo, griego y latin; descolló tanto en el inglés como el francés y cultivó su lengua nativa. Por esto cuan-

do apenas contaba trece años de edad pudo presentarse á exámen en «Columbia College», que es una de las Universidades mas notables de los Estados Unidos por su plan de estudios y la erudicion de sus profesores. Halláronle aquellos profesores tan adelantado que no pudieron ménos de admitirlo en sus aulas sin detenerlo en estudio alguno del primer año, porque todas las asignaturas universitarias de tal año las sabía bien segun su aludido exámen. Esta circunstancia redujo á tres años su curso de estudios en la mencionada Universidad, donde á los diez y seis de su edad se graduó de Bachiller en artes con entero aplauso del cláustro de aquel célebre instituto. Brevemente despues retornó al seno de su familia en Matánzas, á dónde su esclarecido padre había vuelto con ella en Octubre del año 1834 á favor de la amnistía general promulgada en España el 7 de Febrero de aquel año, y donde el 15 de Agosto de 1835 inesperadamente falleció tan ilustre amnistiado á los cuarenta y ocho años de su nacimiento en Cataluña.

De Matánzas se trasladó á la Habana el joven Gener con la mira de estudiar derecho y otras asignaturas indispensables para seguir la carrera de abogado. Al efecto ingresó en la Universidad durante el año 1836 y permaneció estudiando en sus aulas hasta 1840 que abandonó sus estudios para ayudar á su virtuosa madre en la administracion de sus bienes. Perseguido en 1844 como uno de los firmantes de enérgica aunque respetuosa representacion al Gobierno metropolitano contra la trata de Africa, tuvo que emigrar para sustraerse á su persecucion y fué á refugiarse en Inglaterra, de donde solía saltar á París á solazarse y recordar con Saco su niñez en New-York por haber él pasado allí no pocos años de tan preciosa edad entre aquel eminente polemista cubano y el sabio presbítero Varela, que tanto lo agazajaban con suma satisfaccion de su ínclito padre. A fines de 1845 volvió á la Habana y se presentó al Capitan General O'Donnell, que lo mandó preso al Morro. Mas pronto fué puesto en libertad por falta de prueba bastante para justificar su prision ó implicarlo de algun modo, como se implicaba entonces á blancos de su talla en la supuesta conspiracion de los negros, si bien es cierto que por iniciativa suya fué hecha la mencionada representacion, toda vez que sin embargo

de solemne tratado entre España y la Gran Bretaña continuaba la trata africana con evidente perjuicio de Cuba.

En 1846 celebró Benigno matrimonio con una prima suya y acrecentó su esmero en la administración de los bienes de su familia. Por entonces comenzó él á prestar su apoyo á las empresas ferro-carrileras de Matanzas y la Habana, distinguiéndose en los debates de Junta general por su fácil palabra y gallarda presencia. Eran colegas suyos en tan meritorias empresas D. Francisco de la O. García, presidente de la de Matanzas, D. José Francisco Lamadriz, secretario de aquella empresa, D. José Antonio Echeverría, administrador del ferrocarril de la Habana, y D. Manuel José Carrera, administrador á su vez del de Matanzas. Tan distinguidas personalidades se adhirieron al movimiento revolucionario iniciado desde el año 1849 por algunos cubanos del interior de esta isla y el General Narciso Lopez en union de otros cubanos refugiados en New-York y Filadelfia, con el fin de independizar á Cuba. Mas aquel movimiento, acudillado por el referido General Lopez, resultó desastroso despues de haber obtenido ligero triunfo en Cárdenas el 19 de Mayo de 1850 y dejado hondo rastro de sangre tanto en el Camagüey como en Trinidad y Las Pozas, á corta jornada este último punto de la Habana, donde el 1º de Setiembre de 1851 fué ejecutado su heroico caudillo á los 18 dias de haber desembarcado en Playitas á la cabeza de unos 450 hombres, que, hasta quedar enteramente exterminados, resistieron dia tras dia el embate de numerosas tropas de infantería y caballería al mando de hábiles jefes. Tamaño desastre enardeció á los revolucionarios, y en su enardecimiento determinaron renovar sus esfuerzos por la independendencia de Cuba. Tales esfuerzos fueron en mucho mayor escala que los hechos hasta entonces por libertar la isla, y en unos tres años quedó organizado el Departamento occidental sin perder de vista el central ni olvidar el oriental, al paso que se allegaron fondos hasta la suma \$500.000 poco más ó menos, cuya suma fué gradualmente remesada á la Junta Cubana que fungía en New-Orleans de acuerdo con el General Quitman como jefe militar del movimiento á la mira. El célebre «Lugareño», ó sea Gaspar Betancourt Cisneros, el inolvidable Conde de Pozos Dulces, el benemérito Porfirio Valiente y el infatigable Domingo de Goi-

couría, eran respectivamente presidente, Vice-presidente, Secretario, y Tesorero de aquella Junta, así como Benigno Gener y el egregio catalan Ramon Pintó eran el alma de todo el movimiento. Pero tan vasto movimiento culminó en repentino desastre durante la primavera de 1855 á causa de la ejecucion de Pintó en el castillo de la Punta y prision de Gener junto con numerosos corifeos suyos en el Ponton dentro del puerto de la Habana, donde frecuentemente deudos y amigos de los prisioneros pasaban largas horas en su compañía, descollando entre ellos la distinguidísima familia de Gener, que tanto solaz impartía con su presencia á la flotante prision.

Al referido desastre, que tan honda impresion hiciera, principalmente en el Departamento occidental, sucedió al cabo de cierto tiempo alguna actividad así en la vida agrícola, como mercantil é industrial de esta isla, con no poca prosperidad suya. Mas como la condicion política de Cuba continuara precaria é indigna, dignísimos y perseverantes cubanos trataron una vez más de librarla de tal predicamento y despejar su porvenir. Al efecto optaron por razonada gestion cerca del Gobierno supremo, que en 25 de Noviembre de 1865 expidió un decreto autorizando una Junta de informacion sobre leyes especiales á someterse á las Córtes para el régimen de las Antillas. Compúsose aquella Junta de cierto número de empleados metropolitanos, veinte y dos comisionados por el pueblo antillano y otros tantos escogidos por la Metrópoli. Censuróse tanto la conducta del Capitan General Dulce por lo referente á Cuba en aquellas elecciones que el Ministro de Ultramar asumió ante el Senado la responsabilidad de las mismas elecciones en respuestas á tamaña censura. Frecuentes y prolongadas fueron las sesiones de la Junta en Madrid hasta que al cabo de larga estancia en aquella capital retornaron los comisionados cubanos durante el año 1866 con una esperanza menos y un desengaño más, é informaron á sus comitentes que nada habían podido obtener mejorando el estado político de Cuba. Tamaño desengaño dió margen al grito de Yara el dia 10 de Octubre de 1868 allá en Oriente. Aquel grito resonó profundamente en el ánimo de Benigno acá en Occidente y pronto su primogénito cayó prisionero en union de otros jóvenes condiscípulos suyos al desembarcar de uua Goleta procedente de



Nassau, N. L., con pertrechos de guerra para auxiliar la insurrección. A fines de 1869 situó fondos en la indicada isla de Nueva Providencia para socorrer á los expedicionarios del «Lillian», cuya expedición acababa de fracasar en las Bahamas con grave perjuicio de la causa que motivara tan valiosa como trascendental expedición. A principios de 1870 numerosos «voluntarios» acometieron á prima noche y abalcaron á descarga cerrada la morada de Gener en Matanzas. A vista de esto Benigno salió con su familia para España, con tanto más motivo cuanto que tenía á su hijo cumpliendo en Ceuta la condena á que había sido sentenciado por haber caído prisionero al tratar de incorporarse en la insurrección según queda apuntado arriba. Se instaló en Cádiz é inició correspondencia con los centros cubanos de Madrid y Paris, Lóndres y New-York, á fin de ayudar á Cuba en su cruenta lucha. También abrió correspondencia con Ceuta para socorrer como socorrió por largo tiempo á muchísimos de los cubanos confinados allí por haberseles hallado implicados en el movimiento revolucionario de su desventurada tierra natal. (1) De extraordinaria actividad intelectual, sostenía él constante correspondencia con los aludidos centros cubanos y así estaba al tanto de cuanto ocurría ó podía ocurrir acerca de Cuba. Por esto, al llegar de vez en cuando deportados cubanos á Cádiz, á quien primeramente veían brindándoles ayuda, era á él ó á su dignísimo hermano Plácido, al decir de no pocos de aquellos deportados cuando más tarde recalaban por New-York y se avistaban con el autor de esta reseña. ¿Qué mucho, pues, que tan buen cubano fuera sumamente popular entre sus compatriotas de Cádiz y en los campos de Cuba, donde se pronunciaba su nombre con amor y respeto? Pero su popularidad no se limitaba al círculo de sus conciudadanos: se extendía por toda la sociedad de aquella histórica cuanto bella ciudad, de donde, al regresar á fines de 1882 á la ensangrentada Cuba, una gran masa de pueblo fué tras él y su familia hasta el Vapor en que se embarcaron colmados de bendiciones.

(1) El Sr. D. Raimundo Cabrera en uno de los capítulos de su último libro *Mis Buenos Tiempos*, memorias personales y políticas, ha relatado los eminentes servicios de Gener en la emigración.

Sumamente decaído de salud y fortuna volvió Benigno á su hogar, donde cada dia halló más tétrico el horizonte de la vida y donde el fallecimiento de su espartana é idolatrada madre concurrió con el de su queridísimo, cuanto meritísimo hermano Plácido, á precipitar su muerte el dia 12 de Diciembre de 1890.

Con vigoroso y bien cultivado intelecto era Benigno Gener encarnación perfecta de saber y rectitud. Por esto nada le arredraba ante la conciencia de su deber. Por lo mismo era admirable su civismo y tan ameno su trato como cautivadora su benevolencia. Amante de la libertad universal, donde quiera que surgía un Estado libre ó republicano, allí concentraba él su pensamiento, deseando próspera y larga vida á la recién-nacida república. Adicto á la igualdad social, admitía al estrado de su espléndida mansion en Cádiz áun incultas personas de color, con tanto más motivo cuanto que eran campeones de la libertad en su abatida tierra natal. Y fué su más acariciado ideal el bienestar de Cuba gobernándose por sí.

PLUTARCO GONZALEZ.



UN TEXTO DE MINERALOGIA.

(CARTA ABIERTA).

Sr. Dr. D. José Seidel.

Mi distinguido amigo:

Muy grata sorpresa ha sido el ejemplar que de su *Compendio de Mineralogía general*, recientemente publicado, ha tenido usted la amabilidad de dedicarme. Al recorrer sus páginas, yo no pude ménos de exclamar—lo confieso ingénuamente—que estábamos de enhorabuena, porque le ha hecho usted un buen servicio á la causa de la enseñanza universitaria, precisamente en los mismos angustiosos momentos en que un Ministro *reformador* se propone rebajar la importancia de nuestro primer centro docente. A mi juicio, el libro de usted satisface de sobra sus modestas aspiraciones, correspondiendo de un todo á los estímulos que lo impulsaran á su publicacion.

Hay más todavía: ha llenado usted un vacío que existía. Necesario, en efecto, era un texto que diera á conocer en todo su aspecto moderno la ciencia mineralógica, «formando un conjunto bastante completo», sin caer en la exclusiva tendencia de la mayor parte de los

autores, tratando con preferente atención unos capítulos á expensas del poco desarrollo que le dán á los otros, de no menor importancia. Su libro ha venido á reemplazar—en esa parte de nuestra historia científica—al escrito por el inolvidable Poey, allá por los años de 1877, y que tanto utilizó la juventud estudiosa; aquel libro que los discípulos del sabio maestro recordamos con gusto, cumplió bien con las exigencias de entonces; pero, los últimos progresos de la ciencia constituida han cambiado, á no dudarlo, y mucho, el carácter de la Mineralogía. El viejo fundamento de la clasificación ha cedido su lugar á bases más positivas, con el poderoso auxilio del análisis químico, del microscópico y del espectral; que, también al trazar con el cálculo sublime las leyes que regulan la evolución de la materia cristalina han construido un admirable cuerpo de doctrina, al cual están enlazados con caracteres eternos los nombres de Bravais y Mallard!

Era preciso, pues, en ese cambio perpétuo á que fatalmente están condenadas todas las obras humanas, que un texto nuevo sustituyera al que por muchos años sirvió para el curso de la Mineralogía de la *Ampliación*. El plan de 1880, por otra parte, aumentando las cátedras en la Facultad de Ciencias y en su Sección de las Naturales hizo más sensible esa necesidad; y, con respecto á esto, yo entiendo que el libro de usted, Dr. Seidel, puede convenir también para la cátedra de Mineralogía del *período de la Licenciatura*. Extiéndase el profesor algo más en el capítulo que usted llama de «Mineralogía especial», y donde se estudian la clasificación y descripción de los cuerpos minerales, sea más lato si se quiere en la «Cristalografía geométrica»; de todos modos encuentra en su obra el sólido cimiento de la ciencia, presentado y desenvuelto de tal forma que lo acredita á usted como maestro.

Allí conocerá el alumno—como usted expone oportunamente—las tres fases distintas, los períodos por que ha atravesado esa ciencia hasta alcanzar su actual organización. Reúnanse primero los materiales aislados y se observan los fenómenos que han de someterse más tarde á riguroso análisis, para concluir con el procedimiento sintético, tan lleno de maravillas en estos últimos tiempos. Y esto, que no es sino el *finis coronat opus* del útil esfuerzo de usted, va precedido de

cinco capítulos donde ordenadamente se estudian: los caracteres generales del mineral, su forma, su estructura, los caracteres ópticos, geométricos y químicos, con sus diferentes investigaciones analíticas; la clasificación y descripción de las distintas especies minerales, seguida de algunas notas sobre yacimientos cubanos, antes de ocuparse de la «Mineralogía aplicada»; y acompañado el texto de figuras propias para facilitar el estudio de la asignatura. Todo expuesto con buena lógica, perfectamente relacionadas las nociones fundamentales. El alumno puede llegar á poseer lo que usted llama *el análisis de la ciencia que profesa*, recibiendo de esta manera, en el año académico, la base de sus futuras pesquisas, la fuente abundante de venideras investigaciones.

Pero, la lectura del libro de usted me obliga á otra consideración que no voy á omitir. Cuando el ilustre Poey me honró, en Setiembre de 1888, con el encargo de la cátedra de Mineralogía del período de la Licenciatura en Ciencias Naturales, lo que más me preocupaba al darle dirección á mis explicaciones teóricas, era el texto que había de servirme de norma, así como á mis alumnos; que, en cuanto á la enseñanza práctica, tuve *por fuerza mayor* que contentarme con presentar las colecciones de cristales en madera de Krantz y las mineralógicas de Boubée y Mohs en completo abandono. Comencé mis explicaciones con el profesor Lapparent en lo referente á la doctrina cristalográfica, estudiando la teoría de las semejanzas reticulares y otros problemas no ménos interesantes. Más, llegó la hora de entrar en la clasificación y descripción de las especies minerales, y la agrupación adoptada por el Presidente de la «Sociedad Mineralógica de Francia», basada en la *mineralogenesis*, exigía cierto conocimiento geológico. Preferí entonces el libro del profesor Pisani (*Traité élémentaire de Minéralogie*), el cual contiene—como dije en el «Prólogo» del Programa (1) que en esa época publiqué—«todas las especies minerales bien determinadas ya por sus caracteres ópticos, cristalográficos y químicos; y sigue la clasificación química por los

(1) Programa para el exámen del curso de Mineralogía del período de la Licenciatura en Ciencias Naturales, por el Dr. A. Mestre. (1888 á 89).

ácidos que, á juicio de M. A. des Cloizeaux, presenta las mayores ventajas sobre las otras agrupaciones establecidas».

Con verdadera satisfaccion he visto que usted en su libro acepta—no porque crea que está exenta de reproche—la clasificacion de Pisani y lo sigue en las especies minerales. Veo, tambien con placer, como usted presenta el edificio de la mineralogía cristaligráfica contemporánea, orgullo—ha escrito un eminente profesor—de los sabios franceses! Es una satisfaccion para mí, lo repito, el que usted haya ratificado con la publicacion de su «Mineralogía» la direccion que dí en aquella época á mis alumnos cuando recorria con ellos incógnitas regiones, lugares hasta cierto punto, para mi inteligencia ¿por qué no decirlo? desconocidos. Sí, por usted, que ha penetrado ya bastante en el vasto campo de esa ciencia, y cuya opinion juzgo valiosa.

No he tenido otro objeto al dirigirle estas líneas que señalar el hecho de la aparicion de su obra, anotando, aunque rápidamente, las excelentes cualidades que la adornan; por más que á otras consideraciones me llevaría, cuando pienso que, entre nosotros, sin más móvil que el lucro se acomete impunemente «la empresa de escribir un texto sin preparacion ní aun mediocre, sin más guía que el programa, ni más propósito que contestar de alguna manera las preguntas que formula». Puede usted, en cambio, creer que sus vigiliass no han sido infructuosas, y al haber «tomado—segun sincera manifestacion de usted—de los mejores autores lo más interesante, extractando en unos casos, traduciendo en otros y exponiendo en los ménos las propias impresiones», no tema que pudieran aplicarle—como no ciertamente con buena intencion la recordaba ha poco un ilustrado amigo, al darme su opinion sobre el texto de *Zoología general* del Dr. Juan Vilaró—aquella célebre fábula en que una avutarda recogía huevos agenos para formar una casta de aves selectas, y cuya moraleja está comprendida en las siguientes palabras:

«Los que andais empollando obras de otros,
No saqueis á volar vuestra cría,
Pues dirá cada autor esta es mia;
Y veremos que os queda á vosotros.»

No, porque contra ello protesta enérgicamente la lógica por usted empleada, el fondo y la forma correcta, la didáctica que caracteriza á su libro; todo el conjunto de hechos tomados de los clásicos modernos, todas las recientes investigaciones que usted con habilidad condensa, serán aprovechadas con ventaja por el alumno que ha de agradecerle de seguro ese esfuerzo de poner á su alcance tanta nocion util; la propaganda que de esa manera usted realiza de esos descubrimientos conquistados por la ciencia mineralógica, será real y no ficticia para los que la aprenden en idioma castellano. Reciba por ello, ilustrado compañero, la más cordial felicitacion que le envía su aftmo.

DR. ARISTIDES MESTRE.

Marzo 10 de 1892.



REVISTA DE LIBROS.

Hatuey.—*Poema dramático*, por FRANCISCO SELLEN.—N. York, 1891.

Este poema del Sr. Sellen ¿pertenece al género simbólico ó al arqueológico? Parece que tiene algo de entrambos. Al ménos su lectura nos ha producido el efecto de algo indefinido, que ha dañado en cierto modo á la impresion estética. Quizas la culpa sea nuestra y no del autor. Acostumbrados á considerar los indígenas de las Antillas, á traves de las teorías evolucionistas, no hemos logrado reconocerlos en los que nos presenta el Sr. Sellen, adorando al Semí grande, «con pecho puro y labio reverente»; cantando los aspectos más delicados de la naturaleza, con refinamiento de civilizados; animados de los más nobles sentimientos, comedidos, corteses en la discusion, respetuosos sin bajeza ni servilismo, fieles, veraces y admirablemente heróicos.

Por otra parte, aunque la intencion simbólica se transparenta en muchos pasajes, no ha llegado á herir nuestra imaginacion con tal fuerza que haya podido borrar el efecto de extrañeza, producido por esos indios que hablan y sienten á la europea, á pesar de los términos y de las comparaciones exóticas que abundan en sus labios. Sobre todo la escena de Hatuey prosternado á los piés de Las Casas nos desconcertó completamente. Nos parecía que el autor desbarataba por sus propias manos su obra, y le quitaba todo sentido. Hatuey perdía su valor simbólico; dejaba de ser la resistencia indómita á la tiranía

extraña, desde el momento en que se humillaba ante uno de los invasores, fascinado por su grandeza moral.

Y no deja de ser interesante ver al Sr. Sellen fascinado también por esa refracción tan frecuente de ciertas figuras históricas, á través del medio convencional que les van formando el tiempo y los prejuicios. No hay más que un criterio sólido para juzgar los personajes históricos, las consecuencias de sus actos. Desde este punto de vista, si la posteridad juzga severamente á Colon, que esclavizó á los indios, no puede mostrarse blanda con quien contribuyó á implantar en América el gérmen funesto de la esclavitud de los negros. Los frutos de maldición que estamos aun recogiendo, y por los cuales tiene el Sr. Sellen que escribir sus bellos libros en tierra extranjera, provienen del árbol ponzoñoso que plantó y regó Las Casas.

En las partes de su poema en que el Sr. Sellen no lidia con las dificultades que surgen del doble carácter, histórico y simbólico, de sus indios, su pluma corre con mayor gallardía y su imaginación de poeta da vida á figuras de verdadero relieve. Desde el punto de vista artístico los españoles son lo más interesante del poema, viven realmente, los reconocemos, hablan su lengua y nos dicen lo que debieron sentir aquellos hombres de hierro, codiciosos, sanguinarios y resueltos, á quienes ni la necesidad logró enseñar la disciplina.

Esto basta para probar que el Sr. Sellen, aunque de temperamento poético subjetivo, es muy capaz de acometer con lucimiento obras puramente dramáticas. Hatuey no lo es en rigor; y desde luego tampoco su distinguido autor lo pretende. Por eso lo llama con razón poema dramático.

El Cristianismo ante la Filosofía, la Moral y la Historia, por ANTONIO LLANO.—N. York 1891.

Cuando se estudian los fenómenos sociales de nuestra época, sin atender al considerable aumento de la población en las naciones que son el foco de la vida intelectual moderna, se pierde de vista un factor casi decisivo, y se corre el riesgo de interpretar mal los datos que se manejen. Así se habla de la decadencia del espíritu científico y

del renacimiento del misticismo, sin advertir que esta manifestacion es solamente la de un pequeño grupo, que atruena el espacio desde el campo de las letras, mientras que el ejército de los investigadores pacientes de la naturaleza sigue reclutando adeptos fervorosos, y continúa en silencio su labor gigantesca, enriqueciendo y depurando cada vez más las concepciones cosmológicas. En esas aglomeraciones inmensas de hombres, hay lugar para que se produzcan pequeñas corrientes de opinion; y de este modo pueden coexistir grupos de sectarios de los credos más diferentes; sin que por eso dejen de predominar las grandes corrientes que al cabo señalan la verdadera orientacion del pensamiento contemporáneo.

No es posible estudiarlas desapasionadamente, sin reconocer que estamos presenciando la agonía de una religion. Ningun espíritu sereno se dejará imponer por la efervescencia superficial del viejo catolicismo; y la ebullicion en que se encuentran las sectas disidentes no es por cierto favorable á la conservacion de los antiguos dogmas. En estos momentos un libro que llama á la barra de la razon y de la crítica esas creencias que han sido durante siglos la estrella polar de los espíritus en el mundo de occidente, tiene por lo ménos el mérito de la oportunidad. Si además está dedicado á pueblos que aún dormitan como aletargados por la pesada atmósfera de la rutina y de la tradicion, viene á prestar un servicio eminente. Y estos son méritos en cierto modo secundarios del libro del Sr. Llano. Los tiene intrínsecos por la abundancia de noticias, la copia de argumentos y la serenidad del juicio. Es una obra á la vez popular y profunda, de polémica y de propaganda. Ha ido á buscar en su núcleo el verdadero espíritu del cristianismo, el ideal del asceta enemigo de la naturaleza y lo hace transparente y lo combate con un vigor de dialéctica, que nos trae á la memoria el ímpetu polémico del profesor Félix Oswald.

El cristianismo descansa en una concepcion dualista del sér humano y en una interpretacion pesimista del cosmos. El espíritu, para redimirse del pecado original, está condenado á combatir sin descanso contra los tres enemigos que lo asedian, cual lobos voraces, el *mundo*, el demonio y la *carne*. El cuerpo es su carcel impura, y la tierra

el valle de lágrimas y tinieblas, la vía dolorosa por donde ha de adelantarse entre pruebas espantables y peligros horrendos á la conquista de su libertad en la vida verdadera. Desprenderse del cuerpo, fardo de culpas y penas; aislarse del mundo, querencia del vicio, campo de asechanzas del espíritu maligno, es el ideal supremo del verdadero cristiano. *Omnis quippe caro corruperat viam suam*. La carne todo lo corrompe. Este es el zumo amargo de la vid salvaje trasplantada de los collados de Engaddi á las colinas de Roma.

Cuando se trata de escanciar este licor acerbo en crateras de oro cinceladas por el genio moderno, es obra laudable y necesaria llevarnos á la vieja cepa y descubrir las raíces. Beban los que gusten, pero sepan lo que beben. El Sr. Llanos lo dice, con sinceridad perfecta, á los pueblos de la América Latina.

Filigranas, por RICARDO PALMA.—Lima, 1892.

El Sr. Palma lo confiesa. Es un antiguo alumno de las musas, que no logra olvidar sus amables lecciones. Es un poeta que poetiza á pesar suyo, porque entiende que no revoletean las abejas del Himeto en torno de las frentes encanecidas, sino de las cabezas que el oro ó el azabache circundan con el lampo de la juventud. Lo que no dice es que las sales discretas que dicta la experiencia benévola, la admiración plácida por los aspectos bellos de la vida, los sentimientos profundos, como la humanidad y el patriotismo, que arraigan más en los pechos generosos cuanto más se vive, saben labrar versos de un metal tan sonoro y duradero como los que inspira el entusiasmo á la curiosa y ofuscada mocedad, Pero si él no, lo dicen sobradamente sus *Filigranas* y sus *Bronces*.

Efimeras, por FRANCISCO A. DE ICAZA.—Madrid, 1892.

El título de este bello libro da en qué pensar. Dice bien con el tinte pesimista de muchos de sus versos. Cuando empezamos á paladear el acíbar de la vida, lo que más sorprende y lastima, lo que á

unos indigna y á otros abate, es lo tornadizo de los afectos, lo voluble de los gustos, lo efímero de las dichas. La voz desabrida del desengañado Heráclito resuena en nuestros corazones y nos repite con amarga ironía: todo corre, todo se va, todo se desvanece. El río sigue su perpétuo curso, el tiempo voltea sin descanso su rueda instable, el corazón persigue sin tregua su multiforme, inasequible quimera. ¿Por qué han de ser más duraderas las flores de la fantasía que las flores de los prados? El poeta no cree en la perpetuidad de las obras de su ingenio, ó al ménos les prefiere la dicha del momento; el libro puede esperar y aguardar la pluma. Quiere gozar hoy, y escribe para hoy. Y allá van sus poesías aladas, efímeras que nacen con la aurora y quizás morirán con la tarde.

Sin embargo hay en este libro algo que rectifica esa primera impresión. La forma es tan elegante, á veces tan exquisita, que revela un espíritu de artista enamorado de su arte. Y éstos, los que aman el arte por sí mismo, los que pulen la expresión yafiligranan el pensamiento, son los que en el fondo aspiran con más intensidad y aún con más confianza á burlar la ley inflexible, y á producir obras durables. Son creyentes de la forma. Porque piensan, quizás con razón, que en ella está el arte. Por supuesto, que el arte en este sentido no es toda la poesía.

Hay poetas de otro temple, como el americano Whitman, que acaba de morir, á quienes la poesía les brota del corazón, como corriente de lava, y no se cuidan del molde en que se funde. Está por ver si su poesía les sobrevive. Hasta ahora, en la bella literatura al ménos, parece haber triunfado la fantasía del corazón, la música del afecto hondo, la expresión feliz de la idea luminosa. Los grandes poetas, los inmortales, lo han reunido todo, pero nunca han carecido de forma. Así es que cuando encontramos un poeta que cuida con tanto esmero de su dición poética y dispone con tanto acierto sus procedimientos técnicos, sus efectos de contraste, sus gradaciones, como el Sr. Icaza, pensamos que se preocupa de su arte más de lo que aparenta. Y pensamos que hace bien.

No quiere decir nada de esto que el Sr. Icaza se distinga solo por la belleza de sus versos. Es verdad que los suyos están deliciosamen-

te acabados, sin que el poeta revele esfuerzo, ni denuncie fatiga. La expresion, la rebelde expresion, lo obedece, y en ocasiones con sumision sorprendente. Pero hay además verdadero sentimiento poético en sus composiciones. Un poco vago á veces, un tanto indefinido, pero que se revela, porque atrae dulcemente con el iman de la simpatía. Despues de leer su coleccion no sabemos bien lo que siente, lo que prefiere, lo que busca el autor. Quizas no lo sepa él mismo, y por eso ha escrito sus *efímeras*. Pero sí sabemos que el autor es poeta.

Mi primera ofrenda, por GONZALO DE QUESADA.—N. York, 1892.

Es realmente bella la idea que ha inspirado el título de este pequeño volumen. El Sr. Quesada ofrenda las primicias de su ingenio en el altar de la deidad que le ha dictado tantas páginas vibrantes, Cuba la sin ventura.

Nacido el joven autor en tierra cubana y educado en tierra extraña, no solo ha conservado incólume la llama del amor patrio, sino que parece haberle dado pábulo con los deseos insaciados del ausente. Sus ojos estan siempre fijos en la patria distante; y en medio de las maravillas de la civilizacion americana, respirando ese ambiente de plena libertad, solo ve el cuadro sombrío de nuestra miseria, presiente la caida tremenda, la muerte lenta de un pueblo que se asfixia en la inercia más que en la impotencia; y nos habla, y su acento toma tonos épicos para evocar los recuerdos que debian ser ejemplo y acicate.

Su libro es lo que debe ser, obra de fe y entusiasmo. Los adolescentes desengañados del patriotismo, los jóvenes escépticos en ideales políticos, son frutos demasiado tempraneros, que suelen podrirse antes de madurar. El Sr. Quesada ama con ardor juvenil, que es decir con ardor generoso, un ideal de regeneracion y grandeza para su patria. No se conforma con estar lejos de ella, ni con verla humillada. Ama y aspira. Por eso, leyendo con simpatía sus frases ardientes, hemos suspendido algunas veces la lectura, pensando con tristeza que quizas sea mejor para el joven patriota el estar lejos.

E. J. V.

LA RELIQUIA.

I.

Fué mi abuelo el padre Rufino de la Concepcion, licenciado en teología, autor de una devota *Vida de Santa Filomena*, y prior de la Amendæirinha. Mi padre, ahijado de Nuestra Señora de la Asuncion, llamábase Rufino de la Asuncion Raposo, vivía en Evora con mi abuela, Filomena Raposo, por mote la «Repolluda», que habitaba en la calle de Lagar de los Diezmos. Mi papá tenía un empleo en el correo y escribía por gusto en el *Farol de Alemtejo*.

En 1853 un ilustre eclesiástico, D. Gaspar de Lorena, obispo de Chorazin, que es un lugar de Galilea, vino á pasar el San Juan á Evora, en casa del canónigo Pita, á donde mi papá acudía muchas noches á tocar el violin. Por galantería para con los dos sacerdotes, mi padre publicó en el *Farol* una crónica, laboriosamente nutrida en el *Tesoro de Predicadores*, felicitando á Evora «por la dicha de albergar en sus muros al insigne prelado D. Gaspar, fulgente lumbré de la Iglesia y torre preclara de santidad». El obispo de Chorazin recortó este párrafo del *Farol* para conservarlo entre las hojas de su Breviario; de entonces todo le fué grato en mi padre, desde la limpieza de su ropa blanca hasta la gracia lacrimosa con que cantaba,

acompañándose con el violin, la jácara del conde Ordoño. Pero cuando supo que este Rufino de la Asuncion, tan simpático y moreno, era sobrino carnal de Rufino de la Concepcion, su compañero de estudios en el buen seminario de San José y en las disciplinas teológicas de la Universidad, su afecto por mi papá llegó al grado máximo. Antes de partir de Evora le regaló un reloj de plata; y por su proteccion, mi padre, despues de arrastrar algunos meses su holgazanería por la aduana del puerto, como aspirante, fué nombrado, con grande escándalo, director de la aduana de Vianna.

Los manzanos se cubrian de flores cuando mi papá llegó á las suaves vegas de Entre-Miño-y-Lima; y en aquel verano conoció á un caballero de Lisboa, el comendador G. Godinho, que veraneaba en compañía de dos sobrinas, cerca del rio, en una quinta llamada el *Mosteiro*, antiguo solar de los condes de Landoso. La mas vieja de estas señoras, doña María del Patrocinio, usaba espejuelos oscuros, y venía todas las mañanas de la quinta á la ciudad, en un borriquillo, con un criado de librea, á oír misa á Santa Ana. La otra, doña Rosa, regordeta y morena, tocaba el harpa, sabía de corrido los versos del *Amor y la Melancolía*, y pasaba largas horas, á la orilla del agua, á la sombra de los sauces, arrastrando el vestido blanco por el césped ó haciendo ramos de flores silvestres.

Mi papá dió en frecuentar el *Mosteiro*. Un guarda de la aduana le llevaba el violin, y así que el comendador y otro amigo de la casa, Margaride, doctor delegado, se ensimismaban en una partida de tric-trac, y doña María Patrocinio rezaba arriba el rosario, mi papá, en la baranda, al lado de doña Rosa, de frente á la luna, blanca y redonda sobre el rio, hacía gemir en el silencio los bordones y contaba las tristezas del conde Ordoño. Otras veces jugaba él la partida de tric-trac: doña Rosa se sentaba entonces al lado de su tio, con una flor en los cabellos y un libro caido sobre el regazo: y mi papá, haciendo chocar los dados, sentía la caricia, rica en promesas, de sus ojos recargados de pestañas.

Se casaron. Yo nací una tarde de Viernes Santo y mi mamá murió, al estallar en la alegre mañana los cohetes de la Aleluya. Yace, cubierta de alelías, en el cementerio de Vianna, en una calle junto á

la tapia, húmeda de la sombra de los llorones, por entre los cuales paseaba las tardes de verano, vestida de blanco, con su perrita lanuda que se llamaba *Traviata*.

El comendador y doña María no volvieron al *Mosteiro*. Yo crecí, tuve el sarampion, mi papá engordaba y su violín dormía, abandonado, en un rincón de la sala, dentro de un saco de bayeta verde. En un día de Julio de mucho calor, mi criada Gervasia me vistió el pesado ajuar negro y mi papá se puso un crespó en su sombrero de paja: era el luto del comendador G. Godinho, á quien mi papá llamaba muchas veces, aunque entre dientes, «malandrin».

Poco despues, una noche de carnaval, papá murió de repente, de una apoplegía, al bajar la escalera de piedra de nuestra casa, disfrazado de oso, para ir al baile de las señoras Macedos.

Yo tenía entonces siete años y me acuerdo haber visto, al otro día, una señora alta y gorda, envuelta en una mantilla de seda negra, que sollozaba delante de las manchas de sangre de papá, que nadie se curó de lavar, y que ya se habian secado sobre las losas. En la puerta esperaba una vieja, rezando, arrebujaada en su manto de bayeta.

Las ventanas del frente de nuestra casa se cerraron: en el oscuro corredor, sobre un banco, un candelero de laton esparcía su luz de capilla, moribunda y humosa. Llovía y soplabá el viento. Por la vidriera de la cocina, mientras Mariana, lloriqueando, atizaba el fuego, vi pasar á lo largo de la Señora de la Agonía el hombre que traía á las espaldas el ataúd para papá. En la fría cumbre del monte la capillita de la Señora, con su cruz negra, parecía más triste todavía, desnuda y blanca entre los pinos, medio sepultada en la nieve,—y más adelante, donde se alzan las rocas, gemía y chocaba, sin cesar, un mar de invierno.

En la noche, en el cuarto del lavadero, mi criada Gervasia me sentó en el suelo, envuelto en una camisa. De cuando en cuando crujían en el corredor las botas de Juan, guardia de Aduana, que andaba perfumando con alhucema. Devoré un pedazo de pan y quedé dormido, y luego me hallé caminando por la orilla de un rio transparente donde los chopos, ya muy viejos, parecían tener un alma y

suspiraban; y á mi lado caminaba un hombre desnudo, con dos llagas en los piés y dos llagas en las manos, y que era Jesus, Nuestro Señor.

Pasados algunos dias, desperté una mañana en que la ventana de mi cuarto, bañada por el sol, resplandecía como un presagio de suceso sagrado. Al lado de mi cama, un sujeto risueño y gordo me hacía cosquillas en los piés con ternura y me llamaba *picaronazo*. Gervasia me dijo que era el señor Matías, que me iba á llevar para muy lejos, para casa de la tia Patrocinio. El señor Matías quedó espantado viendo los rotos calcetines que me calzaba Gervasia. Envuelto en la manta de viaje cenicienta de papá, Juan, el guardia de Aduana, me llevó en sus brazos hasta la puerta de la calle, en donde nos esperaba una litera con cortinas de lona. Entonce comenzamos á andar por extensas calzadas. Aunque estuviese dormido, oía los cascabeles de los machos. El señor Matías, frente á mí, me hacía de vez en cuando caricias en la cara y decía: «Vamos andando.» Una tarde, al oscurecer, nos detuvimos de repente en un sitio yermo, donde había un pantano: el conductor, furioso, juraba, sacudiendo la tea inflamada. Al rededor, triste y negro, rumoreaba un pinar. El señor Matías, receloso, sacóse el reloj del bolsillo y se lo escondió en la bota.

Una noche atravesamos una ciudad donde las luces de las calles despedían un resplandor alegre, raro y brillante como jamás lo viera, y en forma de tulipan abierto. En la hospedería en que pernoctamos, el criado llamado Gonsalvez, conocía al señor Matías; y recostándose familiarmente en la mesa, servilleta al hombro, se puso á contarnos historias del señor baron y de la inglesa del señor baron. Cuando nos íbamos á dormir, pasó por delante de nosotros, alumbrados por Gonsalvez, bruscamente, por el corredor, una señora alta y blanca, con rumores de sedas, esparciendo aroma de almizcle. Era la inglesa del señor baron. En mi cama de hierro, despierto por el barullo de los carruajes, no pensaba más que en ella, mientras rezaba avemaría. Nunca había rozado cuerpo tan bello, de un perfume tan penetrante: ella era llena de gracia, el Señor estaba con ella, y pasaba, bendita entre las mujeres, con rumores de sedas....

Despues partimos en un coche muy grande que tenía las armas

del rey, y rodaba por un camino muy llano, al trote pesado y vigoroso de cuatro caballos rollizos. El señor Matías, en chinelas, tomando rapé, me decía, acá y allá, el nombre de una población anidada en torno de una vieja iglesia, en medio de un risueño valle. Al caer la tarde, á veces, en una costa, las vidrieras de alguna silenciosa casa brillaban con fulgor de oro nuevo. El coche seguía rodando: la casa quedaba como dormida entre los árboles: á través de los vidrios medio empañados veía lucir la estrella de Vénus. En la alta noche sonaba una corneta y entrábamos, atronando los caminos, en alguna villa dormida. Frente al porton de la hospedería movíanse silenciosamente linternas desmayadas.

En fin, la mañana de un domingo que lloviznaba, llegamos á un caseron lleno de cieno por todos lados. El señor Matías me dijo que estábamos en Lisboa, y envolviéndome en la manta de viaje, me sentó en un banco, en el fondo de una sala húmeda, en donde había muchos bagages y grandes balanzas de hierro. Lentamente llamaba á misa una campana: por delante de la puerta pasó una compañía de soldados con las armas escondidas debajo de las capas. Un hombre cargó nuestros baules, entramos en un carruage y me dormí sobre el hombro del señor Matías. Cuando éste me puso sobre el suelo, nos hallábamos en un patio triste, pavimentado de piedra menuda, con asientos pintados de negro. En la escalera una moza gorda cuchicheaba con un hombre de capa escarlata que traía al cuello el cepo de las Animas. Era Vicenta, la criada de tia Patrocínio. El señor Matías subió los escalones conversando con ella y llevándome dulcemente de la mano. En una sala forrada de papel oscuro encontramos una señora muy alta, muy seca, vestida de negro, con un collar de oro sobre el pecho; un pañuelo rojo atado á las quijadas le hacía un embozo lúgubre sobre la cabeza, y en el fondo de esa sombra brillaban dos ojos negros tras vidrios ahumados. Detrás de ella, en la pared, una imágen de Nuestra Señora de los Dolores, miraba para mí con el pecho traspasado de espadas.

EÇA DE QUEIROZ.

CRONICA ARTISTICA.

LOS MUSEOS EUROPEOS.

Entre los museos más interesantes del antiguo continente, figura el de Etnografía, instalado no hace mucho en el palacio del Trocadero de París.

El doctor Hamy, director de dicho museo, ha publicado una reseña sobre los museos franceses en general y el de Etnografía en particular.

Los primeros informes que se tienen sobre la organización de una colección etnográfica en Francia, son del tiempo de Francisco I, época del gran renacimiento artístico en Francia; el rey dió órdenes y dinero para que se verificasen algunas misiones científicas, cuyos resultados tuvieron bastante éxito, puesto que lograron formar una colección que tomó el nombre de «Gabinete de curiosidades del Rey» (*Gabinet des curiosités du Roi*) y tuvo como director á Andrés Thevet.

Con el reinado de Enrique IV, Juan Mocquet, administró la colección á la cual dió el nombre de gabinete DESSINGULARITEZ (singularidades); pero este gabinete desapareció por completo, no dejando más que el recuerdo de su corta existencia.

Luis XIV organizó también algunas misiones científicas, y fundó

el gabinete de las medallas, con las colecciones que le trajeron Vausleb, y Pablo Lucas. Más tarde fué cuando se empezó á coleccionar las piezas etnográficas, recogidas por las numerosas misiones organizadas por el malogrado Luis XVI. La más importante fué la de Dombay en el Perú.

En los primeros años de la gran revolucion, las colecciones tuvieron mucho que sufrir del estado de los asuntos políticos, hasta que llegó el año III, en el cual se volvieron á organizar los servicios del «gran establecimiento» hoy dia la Biblioteca Nacional. En aquella época se fundó el museo del Louvre, que tomó el nombre de *Museum des Antiquités*, que fué inaugurado el 10 de Agosto de 1793 por decreto de la Convencion Nacional. Sin embargo, las piezas de arqueología así como las de etnografía, se fueron colocando sin ningun orden, y los empleados iban añadiendo todo lo que se les mandaba, procedentes de las confiscaciones operadas en los domicilios de los desterrados, y entre las cuales merece especial mencion la de Bertui. La reunion de todos estos objetos permitía ya el constituir un verdadero museo de etnografía, sobre todo cuando se mandó la fusion de las colecciones del Jardin del Rey (Jardin du Roy) con las de Gauthier. Entonces Barthélemy de Courçay empezó á colocar por grupos geográficos todas las piezas que tenía en el museo.

La muerte no le dejó concluir su obra que se vió abandonada durante 30 años. En 1828 se organizó un *depósito geográfico* y Joucard siguiendo las doctrinas de Barthélemy pudo ir organizando las colecciones; mientras tanto, el ministro de la marina, que había reunido un gran número de objetos pertenecientes al ramo, fundó en el museo de Louvre, por real orden, un departamento que encerraba un museo de marina y un museo etnográfico.

La exposicion universal de 1855, fué la primera que se verificó en Francia, y puso á la órden del dia la creacion de un museo especial de etnografía, el proyecto, para no desmentir la fama administrativa, descansó por muchos años en los cajones de las oficinas; en 1867, hubo otra exposicion universal, se volvió á hablar del museo, tanto más cuando el gobierno recibió varios objetos regalados por las naciones extranjeras, dichos objetos se fueron á los museos que ya existian, y

el pobre proyecto tuvo aun diez años de descanso que nunca solicitó. Así van las cosas administrativas en la Europa Latina; se necesita un siglo para hacer una cosa que no pide más que un mes de trabajo.

En 1877, Mr. Wiener regresó de América con riquísimas colecciones; los preparativos de la exposicion del 78 se actuaban, la direccion de las Ciencias y Letras, del Ministerio de Instruccion Pública y de Bellas Artes, mandó que se centralizasen todos los objetos relativos á la etnografía procedentes de las misiones, de las compras ó de los cambios, para organizar un «museo etnográfico de las misiones científicas».

El museo se inauguró en 23 de Enero de 1878, más tarde se mandaron las colecciones á la exposicion universal; cuando se concluyó el certámen, un decreto del ministro de instruccion pública, entregó el palacio del Trocadero á la direccion de bellas artes, y desde entonces quedó establecido allí el magnífico museo etnográfico, cuya organizacion se le debe en gran parte á su actual director, Mr. Hamy.

La coleccion americana de dicho museo se cita como una de las más hermosas de Europa. Se puede decir que el museo entero es el más rico de nuestro continente.

E. CONTAMINE DE LATOUR.



MISCELANEA.

UN LIBRO DE ALBARRAN.

Aunque ajenas a esta publicación á los estudios médicos, nos complacemos reproduciendo el siguiente juicio del Dr. Broca acerca de la notable monografía de nuestro muy ilustrado compatriota el Dr. Albarran. Según personas entendidas el estudio del docto cirujano es la obra más acabada de medicina de autor cubano; prueba lamentable ésta, como muchas otras, de todas las fuerzas que pierde Cuba por no encontrar en ella ocupación las facultades excepcionales de algunos de sus hijos. He aquí el juicio de referencia:

Les tumeurs de la vessie, por J. Albarran, Jefe de Clínica de las enfermedades de las vías urinarias en la Facultad de Medicina de París (hospital Necker) Prólogo del profesor Guyon. 75 figuras y 9 láminas. París, 1892. G. Steuheil. Un volumen en 8^o

Adjunto hace muchos años como interno, y más tarde como Jefe de clínica en las salas de vías urinarias del hospital Necker, el señor Albarran ha podido ver á su maestro examinar y operar gran número de tumores de la vejiga; él mismo ha operado, y visto operar por otros cirujanos y ha practicado autopsias, además de las comunicaciones inéditas de cirujanos extranjeros. Este volumen es, pues, el fruto de investigaciones prolongadas y concienzudas. Para convencerse de

esto, basta considerar las piezas justificativas anexas al fin de la obra en forma de cuadros, en los cuales Albarran da en resumen las observaciones inéditas en que se apoya; todos esos resúmenes tienen un diagrama que presenta á la vista el asiento y el volumen del tumor.

El trabajo del Dr. Albarran se compone de tres partes esenciales: un estudio anátomo-patológico, un estudio clínico y un estudio terapéutico; del estudio clínico tengo poca cosa que decir, pues es un resumen muy bien hecho de la importante enseñanza del profesor Guyon sobre ese asunto. Hay en esta parte una descripción detallada de la *cistocopia*, medio de exámen poco vulgarizado todavía en Francia. El estudio terapéutico es ante todo, y con justificado motivo, una defensa en favor de la vía hipogástrica, tantas veces defendida por el maestro de Necker contra los partidarios, cada vez menos numerosos, del ojal perineal; en la técnica ha añadido el Dr. Albarran interesantes detalles, por ejemplo, en lo relativo al cateterismo de los uréteres.

La parte que más original nos ha parecido es la cuestión anatómica, sobre la estructura de la mucosa normal de la vejiga, la de los tumores que de ella nacen, y la clasificación de estos según las fases embrionarias de los tejidos que les han dado nacimiento. Este modo de clasificación ha sido adoptado para los tumores conjuntivos y musculares de las diversas regiones; el Sr. Albarran ha hecho lo mismo con los tumores epiteliales, los cuales divide en: 1º grupo atávico, formado de papilomas de tipo alantóideo; 2º el grupo vesical adulto (dos tipos de papilomas, quistes, adenomas); 3º el grupo atípico, constituido por las diversas formas del epiteloma.

Señalamos estas puntos solamente, sin pretender hacer un análisis, imposible en pocas líneas, contando con que todos conocen la competencia especialísima que tiene el Sr. Albarran para las investigaciones de laboratorio. Añadiremos que el volumen contiene gran número de láminas iluminadas ó no, sacadas con cuidado, que facilitan la lectura y honran al autor, al dibujante y al editor.—*A. Broca.*

(*Gazette Hebdomadaire de Medecine et de Chirurgie.*)

NOTICIAS LITERARIAS.

El poeta ruso Gutscharoff falleció en un suburbio de San Petersburgo, á fines del pasado año. Aunque su fama ha sido completamente eclipsada por la de Tolstoi, sus compatriotas lo colocan en el mismo rango que éste y á la par de Turgueneff. Su obra principal es su novela Oblomoff, publicada en 1859.

—El Dr. Lamborn ha publicado en Filadelfia un libro de gran novedad é interés, sobre la pintura en México, con el título de *Mexican Painting and Painters*. Nada ménos que ciento veinte pintores mexicanos, pertenecientes á los siglos diez y seis, diez y siete y diez y ocho, da á conocer el autor, con datos biográficos de casi todos.

—Dos distinguidos literatos ingleses, Mr. Stopford Brook y Mr. Courthope, están escribiendo una «Historia de la Poesía Inglesa». Mr. Brooke ha comenzado el período anterior á Chancer con extraordinaria minuciosidad y abundancia de informes.

—En Chicago se anuncia la publicacion de una novela histórica «Columbus and Beatriz», escrita por la señora Constance G. Du Bois.

—Se anuncia una nueva vida de Colon por Mr. Charles Kendall Adams. Formará parte de la série que publican en Nueva York los editores Dodel & Mead, con el título de *Makers of America*.

—Un hermano del conde Tolstoi, Alexis Tolstoi, acaba de publicar una novela titulada *El Príncipe Serebryani*, tan vigorosamente escrita como las de aquél. Ha sido traducida al ingles por Mr. J. Curtain.

—Acaba de salir á luz en Nueva York una nueva edicion de las poesías selectas, *Selected Poems*, de Walt Whitman. Estaba ya terminada cuando ocurrió la muerte de su autor.

—Ha fallecido en Austria uno de los más aplaudidos autores dramáticos de ese país, Bruno Zappert. Su obra más famosa es *Un bohemio en América*, estrenada en 1881. Ha muerto de 47 años, y deja más de cincuenta piezas.

—Pronto publicará Mr. Fraude un volúmen de estudios históricos con el título de *The Spanish Story of the Armada, and Other Essays*.

—Mr. Gladstone está preparando una conferencia, que leerá en el próximo otoño en la Universidad de Oxford, y versará sobre las universidades en la Edad Media.

LIBROS NUEVOS.

Debemos á la bondad de sus autores las obras y opúsculos siguientes:

MANUEL VALDES RODRIGUEZ.—El problema de la educacion.—Habana 1891.

CARLOS FONTS Y STERLING.—Reformas en la organizacion judicial.—Habana, 1892.

RAMON MEZA.—Ultimas Páginas.—Habana, 1891.

IDEM.—Una sesion de hipnotismo.—Habana, 1891.

ARTURO R. DIAZ.—Organizacion de la enseńanza primaria en Cuba.—Sancti Spíritus, 1891.

FRANCISCO LOPEZ LEIVA.—Zig-zags.—Villaclara, 1891.

JOSÉ A. GONZALEZ Y LANUZA.—Programa razonado de derecho penal.—Habana, 1891.

GONZALO DE QUESADA.—Mi primera ofrenda.—New York 1892.

MARTIN MORUA DELGADO.—Impresiones literarias.—Habana, 1892.

MANUEL MARQUEZ.—Menudencias.—Habana, 1892.

JUSTO A. FACIO.—Revista de Costa Rica.—San José, 1891.

FRANCISCO A. DE ICAZA.—Efímeras.—Madrid, 1892.

RICARDO PALMA.—Filigranas.—Lima, 1892.

FRANCISCO J. BALMASEDA.—El libro de los labradores.

JULIAN DEL CASAL.—Nieve.—Habana, 1892.

